

SEMANARIO POLITICO  
SE PUBLICA LOS JUEVES  
Redacción y Administración  
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 22  
Número suelto 10 cts.

# EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN  
Madrid, 1,50 pts. trimestre; Año 5  
Provincias, 1,50 trimestre; Año 6  
Ultramar y Extranjero, Año 10  
PAGO ADELANTADO  
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 31 de Marzo de 1910

Núm. 12



Y dijo Dios: "Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza."

(EL GÉNESIS, VERS. 26.)



## ADVERTENCIA

Aunque en previsión de mayor venta se hizo mayor tirada del número pasado de EL MOTÍN, fué el éxito tan grande, que no se pudieron servir todos los pedidos extraordinarios.

¿Cómo remediarlo? Componer nuevamente el número 11, habría sido muy costoso, aparte de que lo que el público buscaba no era precisamente el texto, sino la lámina en que un servidor aparecía crucificado por el clericalismo.

Y entonces se me ocurrió tirar aparte la lámina en buena cartulina, á propósito para colocarla en un cuadrito, y complacer de este modo á cuantos quieran conservarla.

Pueden, pues, los correspondientes pedir las láminas que quieran al precio que reciben los números, para venderlas á diez céntimos, y lo mismo los suscriptores que deseen tenerla en cartulina y mejor impresa.

## DISCULPA RAZONADA

Se ha enviado ya á cuantos lo habían pedido el tomito *La vuelta de Cristo*. En esta misma semana recibirán el titulado *La lujuria del clero*, y la primera de las *Hojitas piadosas*.

Dispénsenme los lectores el retraso. No estaba prevenido para unas tiradas tan largas. Aun sabiendo que la opinión se ha rechecho mucho contra el clericalismo, y tocándolo en la tirada de EL MOTÍN, no pude suponer que se me pidiesen tantos ejemplares de las dos publicaciones.

Esto prueba que los radicales han comprendido por fin la necesidad de responder á la propaganda cínica, difamadora y pífida de los clericales, con otra razonada, enérgica y contundente. Ya era tiempo.

## Otra ídem ídem

La divina Providencia, fuente de toda sabiduría y dispensadora de todas las gracias, se dignó, ignoro con qué altos é inextinguibles designios, enviarme hará unos quince días un catarro gripal, clase extra, que me ha impedido ocuparme de varios asuntos de actualidad en el número pasado y en éste.

Y doy esta explicación, para que nadie extrañe el que no los haya tocado. Ya lo haré en el próximo, pues estoy

casi bien del todo, gracias á las fervorosas plegarias que he dirigido á *San Sudorífico* y *Santa Quinina*, milagrosos patronos de esta enfermedad, y que me han acorrido con sus maravillosos auxilios.

Aconsejo á mis lectores que acudan á ellos siempre que se encuentren en mi caso, garantizándoles que les dará mejor resultado que á los católicos el tragarse ¡qué asco y qué fatiga! píldoras de papel con la imagen de la Virgen del Santo Socorro.

Verdad es, que no podrían hacerlo aunque por broma lo intentaran, careciendo de las colosales tragaderas de los católicos, superiores en quinto y tercio á las del más gigantesco tiburón, como lo demuestran estos versos del inimitable Roberto Robert:

Una pulga cristiana,  
católico apostólico romana,  
se tragó á un elefante,  
que era, para más señas, protestante.  
¡Apenas si tenemos tragaderas  
los que somos católicos de veras!

Quedamos, pues, en que estoy casi bien, y que en el próximo número trataré de aquellos asuntos cuya oportunidad no haya pasado.

## Lección dura

¿Estarán envalentonados los clericales, que se proponen ya á promover conflictos en Valencia?

¡En Valencia, la que siempre los tuvo y los tendrá á raya! ¡En Valencia, donde no se concibe que se pueda ser buen republicano, sin sentirse verdadero anticlerical!

Nunca dió esa gentuza prueba mayor de osadía.

El ayuntamiento, en uso de su derecho, autorizó para que los carruajes circularan por la población el jueves y viernes santo.

Hizo bien. ¿Con qué derecho se interrumpe la vida ordinaria de una población, porque á los adeptos de una religión cualquiera les dé por echarse á la calle á cantar el trágala á los que no creen lo que ellos?

Ver el jueves los clericales los coches, y lanzarse á insultar, amenazar y apalear á quienes los ocupaban, fué todo uno. Para algo son lo que son.

Los agredidos, como no pudieron prever la agresión, se vieron privados de responderles en la forma adecuada.

Pero anda, que ya se desquitaban bien al día siguiente los anticlericales. Cuando los salvajes de la civilización quisieron repetir la suerte, se encontraron con una de estacazos, que para todos los frailes de España la quisiera este humilde pecador.

Y por consecuencia de tales hechos, la fuerza pública en las calles, prisiones á granel, los jueces actuando, la población intranquila.

Y, nada, que no hay que darle vuel-

tas; mientras aquí no nos convenzamos todos que la clerical es la primera cuestión á resolver...

Y los liberales, unos por pacatos, otros por creyentes, otros por vividores, no arremetan de firme contra todo lo que huelga á incienso...

Y los republicanos perdamos el tiempo en discutir personas, crear fraccioncitas, resucitar las ya muertas, dar café á las moribundas, pelearnos por si éste ó aquél debe ser candidato á la Diputación ó la Concejalía, no por lo que valga personalmente, sino por representar tal tendencia...

Mientras aquí nos dediquemos casi exclusivamente á banquetear, sorbernos la monarquía en los mítins, dar vivas á Fulano, preparar bailes en nuestros casinos, imitar á los católicos en lo de concederle á la Virgen del Pilar más méritos que á la de los Desamparados, y al Cristo del Gran Poder más agallas que al de Burgos...

Mientras no haya republicanos de la República exclusivamente, y sí de Pablo ó de Cefas, y se nos vaya la fuerza por la boca amenazando, como el caballero del romance,

á las aves y á los peces,  
sin tener fusil para cazarlas ni redes para pesca los...

Mientras no se establezca una organización sólida de *hombres fuertes*, no de *partidas flojas*, para *discutir, acordar, trazar rumbos é imponer sacrificios*, pero sin alharacas ni bravuconerías, si no calladamente.

Mientras sigamos soltándonos pullas unos á otros, más ó menos veladas, en periódicos, mítins, é interwiews, pullas precursoras de una gran lucha en que quizás lleguemos á combatir con toda clase de armas...

Mientras ocurran unas cosas de éstas y dejen de ocurrir otras, los monárquicos harán lo que quieran; los clericales nos insultarán y nos apalearán; los millares de hombres de valer que son republicanos, pero que no se han manifestado por no afiliarse en esta ó aquella fracción, aguardarán tiempos mejores para dar fe de sus creencias...

Y resultará cada día más ridículo, hasta que dé en sarcástico, lo del próximo advenimiento de la República.

Si los últimos acontecimientos de Valencia sirvieran para traernos á todos la razón, habría que dar las gracias á los clericales que los han provocado.

JOSÉ NAKENS

## Cien años en vano

Con el título de «España en 1810», el editor Louis Michaud, de París, acaba de publicar en nuestro idioma las memorias del general inglés lord Blayney, hecho prisionero en Andalucía en el año expresado por un destacamento del ejército que mandaba Sebastiani.

El general británico, al atravesar España de paso para Francia, escribió sus



impresiones sobre nuestro país; y aun-que su relato adolece de algunas inexactitudes, hijas sin duda de lo rápido de su visita á esta nación y de las condiciones inadecuadas para ser un fiel cronista en que lo colocaba su cualidad de prisionero de guerra, es lo cierto que en general revela en las memorias á que hacemos referencia un espíritu de observación bien equilibrado, y para demostrar nuestro aserto, á continuación damos á conocer á los lectores unas exactísimas consideraciones que sintetizan, no sólo el modo de ser de la España de 1810, sino que también el de la de hoy, apesar de haber transcurrido un siglo desde entonces acá.

Dice así el general Blayney:

«Sin duda es asombroso que de la encarnizada lucha que sostiene España no haya brotado un hombre de talento superior, mientras que la Revolución francesa ha producido tantos, y en todos los géneros. Pero se debe atribuir á la influencia del clero, siempre demasiado severo con cualquier sistema de educación liberal. ¿Qué energía se puede esperar de un pueblo que tiene más confianza en la protección de un santo que adopta como patrón, que en su propio valer? El soldado que se creará invencible por que lleva sobre su pecho la reliquia de un santo, podrá mostrar algún valor al marchar al combate, pero huirá en cuanto crea que su santo le abandona.»

«Están prohibidos todos los libros que tratan desde un punto de vista liberal de religión, moral, física y política. En todas las iglesias hay pegada una lista con los nombres de los libros prohibidos. Sólo algunas bibliotecas públicas ofrecen esas obras, pero se encuentran colocadas en un lugar separado, en donde han escrito: *Libros de consulta*, para indicar que sólo están á la disposición de las personas muy instruidas y que no deben ser dados á todo el mundo, aunque generalmente sean las únicas obras de la colección dignas de ser leídas.»

Como podrán juzgar nuestros lectores, si lord Blayney resucitara y nos hiciera una visita, bien poco tendría que modificar del concepto que le merecimos en 1810.

LUCAS PUENTE

## El trono y el altar

A los infelices y á los cucos que hablan de la democracia de la Iglesia, les recomiendo que lean con atención lo siguiente:

«Dios establece los reyes como ministros suyos, y reina por ellos sobre los pueblos.»

«La autoridad real es absoluta.»

«El príncipe no debe dar á nadie cuenta de lo que ordena.»

«Es necesario obedecer á los príncipes como á la justicia misma.»

«Los príncipes son dioses, y en cierto modo participan de la independencia divina.»

«Los súbditos no tienen que oponer á la violencia de los príncipes más que

representaciones respetuosas, sin motines y sin murmullos.»

Todo esto decía Bousset al describir el gobierno que conviene á un país católico.

Luego debemos reconocer que el catolicismo lleva en sí el germen de la tiranía y el despotismo, pese á las protestas en contrario que hoy hace al verse sin poder temporal y sin medios de imponerse por la fuerza. Por lo tanto, se comprende que los monárquicos hagan buenas migas con él.

## La muerte de Gabino Ronda

Gabino Ronda atravesó bajo un sol primaveral todas las Ramblas, llegó á la Plaza del Teatro y junto á la estatua de Pitarra acercóse despacito, envuelto en una capa, casi desconocido, porque el día anterior se había recortado las barbas legendarias, á un coche de alquiler.

—¿Cuánto vale una carrera?—preguntó al cochero.

—Cuatro reales.

—Ahí va la peseta y un real de propina. Eche usted para arriba y ya le avisaré... Oiga, no apriete mucho al caballo. Tengo dolor de vientre.

El coche, saliéndose de la fila, emprendió la marcha. A las dos de la tarde la animación de las Ramblas es extraordinaria. El gentío se desparrama por la arteria de la ciudad. La lucidez del sol abriga los objetos. Todo brilla bajo el astro dorado en una tarde cargada de aromas. Invita á la vida aquel desborde de belleza, ya en los ojos de las mujeres, ya en las flores colocadas en los puestos, altivas, brindando al cielo la hermosura de sus pétalos.

Al llegar frente al núm. 8 de la Rambla de las Flores, Gabino Ronda corrió las cortinillas del carruaje, y asegurándose en la cinta del viejo sombrero una carta donde en letra clara, de pulso firme y seguro se leía: «Al juez de guardia;» apuntóse en la sien el cañón de un Smith y disparó. Quedó recostado en el carruaje, con la cara manchada en sangre.

De muy joven fué corrector de pruebas. Admirable gramático, de cultura sorprendente, dedicó sus afanes al arte de las letras. Era un detallista de mirada certera. De muy joven fué también republicano y decidido anticlerical. Nakens le quería mucho. Yo acabo de ver ahora mismo en casa de Ronda un telegrama sentidísimo del propietario de EL MOTIN. Estaba Ronda en el establecimiento Rivadeneyra, de Madrid. Montaner, de la Casa Montaner y Simón, lo sacó de la corte, lo trajo á Barcelona con mil promesas.

Cuando la Solidaridad, Gabino Ronda se puso incondicionalmente al lado de Lerroux. Montaner, irritado, le rebajó de un golpe 25 duros del sueldo. Muerta la Solidaridad, triunfante el partido Radical, nuevos odios descargaron sobre la cabeza venerable de Gabino Ronda. Ocurrieron los sucesos de Julio y durante la represión, el primer socorro que recibieron los presos, la primera palabra de consuelo, procedió del po-

bre muerto. El editor clamó contra su siervo. Este le dijo un día con entonación valiente:

—Tengo cinco tiros en mi revólver. Cuatro para usted y uno para mí.

Pero Gabino Ronda, conforme transcurría el tiempo, se vio sordo, completamente sordo; la pluma de corregir templó en sus manos; su vista cansada se perdía en las galeradas. Y se vio viejo, con amarguras infinitas.

Cuidadoso en los detalles, hartóse de sol y de ruido en la mañana de ayer.

Y al salir de Teléfonos, le vi en la mesa de operaciones de la Casa de Socorro de la calle de Barbá, con el cráneo agujereado por un balazo.

En un joven no tiene disculpa el suicidio. Tiene el camino abierto para luchar. En un viejo, casi ciego, sordo, el suicidio es una heroicidad.

Y aunque le lloremos, como hemos de llorarle todos, no nos impide proclamarle un valiente.

B. CALDERÓN FONTE

## Cristo, candidato

(Fantasía de Semana Santa.)

...El César había firmado, por fin, el Decreto de disolución de Cortes y en Galilea se verificaban elecciones generales.

Los pobres galileos oprimidos, los tristes, los esclavos del alto caciquismo judaico, seducidos por las liberales predicaciones del propagandista Jesús, determinaron presentarle candidato republicano por el distrito de «Bhetania-Jerusalem.»

Realmente el hijo de José reunía todos los requisitos esenciales en un hombre para que éste pueda representar con dignidad á un pueblo.

Orador brillante y persuasivo, corazón noble y levantado, ideas democráticas y puras, todo, en fin, aureolaba la figura del futuro diputado judío.

En los frecuentes mítins de propaganda que por los pueblos de las orillas del Tiberiades celebró el galileo, su liberal programa había revolucionado al pueblo.

El sacrosanto lema «Libertad, Igualdad y Fraternidad», encontraba en sus labios fiel y amoroso intérprete.

—Todos somos hermanos,—decía con dulzura, y una salva de aplausos acogía palabras tan hermosas.

Los republicanos de Jerusalem estaban entusiasmados con su candidato y hasta hubieron de indicarle la conveniencia de visitar el distrito, recorriendo los pueblos en trabajos de organización electoral.

Jesús aceptó gozoso, y al conocer el comité jerusalémico la decisión del Maestro, empezó á organizar un brillante recibimiento para el día en que entrase el candidato en la capital del distrito.

La fecha llegó por fin. Un hermoso y claro sol inundó de luz las polieromas calles de Jerusalem. El pueblo entero echóse á la calle, luciendo, las mujeres sus flamantes túnicas, llevando los hombres, en sus manos, ramos de olorosas plantas. Revoltosos chicuelos daban al



aire alegres ¡vivas!, con sus sonoras voces infantiles. Los vendedores de periódicos pregonaban el *extraordinario* de «Judea-Nueva» con la llegada del futuro diputado. Las graciales palmas con sus arqueadas líneas formaban amarillento túnel, bajo el cual debían desfilas el candidato y su comitiva. Toda la ciudad era alegría, luz y contento...

De pronto, un inmenso clamor elevóse en el espacio.

—¡Ya está ahí!... ¡Hosanna!... ¡Hosanna!... ¡Bendito el que viene á traernos la buena nueva!... ¡Viva el futuro representante del pueblo!...

Los gritos y las aclamaciones continuaban. Los hombres ancianos besaban las vestiduras del Redentor. Las mujeres arrojábanle sus besos. La policía romana contemplaba el espectáculo impasible. No se notaba apenas el *alarde de fuerza*. La muchedumbre se estrujaba y repetía sus *¡vivas!*...

Jesús, pálido y emocionado, observaba aquella ola humana, y cubicaba *para sí*, tan dilatada muchedumbre.

—¡No hay quien me quite cien mil votos!—pensó en su divina mente.—Voy por el *primer lugar*... ¡La victoria es segura!...

Pero ¡ay! que las amarguras empezaron apenas comenzó la lucha contra el poder de Roma y contra el *encasillado oficial*.

Las dificultades que Cristo tuvo que vencer para la defensa de su candidatura, fueron infinitas.

El mismo pueblo que tanto le había aclamado á su llegada, abandonóle á su propia suerte. Los miserables judíos poníanse de lado de los caciques y por no perder el *prandium*, volvían la espalda al candidato y fingían no conocerle.

Para el gobierno del César, la candidatura cristiana era un verdadero peligro. Entre la metrópoli y el distrito cruzáronse multitud de telegramas. Últimamente se acordó por los personajes oficiales el viejo recurso de costumbre: procesar al candidato.

Cristo recorrió todas las incidencias de un proceso. Declaró ante mil jueces, le negaron mil testigos, vióse sólo en los peligros mayores, apenas si pudo cenar con los *doce leales* que le quedaban, y para cruel remate de persecuciones, fué *detenido y encarcelado á petición* del mismo pueblo, alentado bajo cuerda por los caciques galileos.

La *elección á partir de este momento* se hizo imposible.

El mismo pueblo, reunido el domingo anterior al de la votación, proclamó en universal plebiscito á Barrabás como candidato por la circunscripción.

Jesús, reducido á sus once votos (pues de sus doce amigos uno vendió el sufragio por treinta dineros), dejósese arrastrar por el infortunio y sufrió toda la *pasión del candidato* que no cuenta con el *apoyo oficial*.

Su tristeza era infinita; los abusos que con él se cometían afrentosos: la derrota, cierta. ¡Y eso que había dado con un gobernador digno y limpio que se lavó las manos antes de ensuciárlas en inmundos manejos electorales!... ¿Qué hubiese sucedido si da con otro Poncio?

Jesús quedóse, aparentemente, *SIN ACTA*, y... fué crucificado entre dos ladrones...

El júbilo de los que le creyeron del todo vencido, al verle dentro de la urna funeraria, fué indescriptible.

No contaron con que aquella derrota era tan solo aparente, ni con que á los tres días, saliendo Cristo de la urna de los muertos, subía á los cielos, sentándose á la diestra del Presidente de las Cortes Universales.

¡Oh poder de las ideas republicanas!

Han pasado mil novecientos diez años.

Los tiempos, si en algo han cambiado ha sido para empeorar.

Los actuales candidatos republicanos, los Cristos modernos, padecerán persecuciones tan terribles como las que padeció el galileo.

Pero de aquella bíblica jornada podemos todos sacar provechosas enseñanzas.

El pueblo, para no abandonar á los tres días á sus caudillos y redentores.

Los gobernadores, para imitar en su limpia conducta á aquel *neutral* Pilatos, de tan bien lavadas manos.

Los candidatos, para no dormirse sobre los laureles, tomillos y demás ramos de narcótico perfume. Para no dejarse sorprender por los Judas, ni atropellar por la soldadesca, ni asestar la terrible lanzada del artículo 29. Para no verse, en fin, crucificados entre el partido liberal á un lado y el conservador á otro, ó ambos á la misma y siniestra mano, que tan malo y tan lo *otro* es este como aquel partido.

Y los serviles secuaces del César, mediten que quizás los que ellos consideren muertos y vencidos, pueden resucitar victoriosos de las urnas al tercero día para irse á sentar á la extrema izquierda de Romanones, probable Presidente de las Cortes futuras...

LUIS DE TAPIA

## De soslayo

Los carmelitas de Bilbao han hecho firmar á los niños de la «Asociación del milagroso niño Jesús» un mensaje dirigido al príncipe de Asturias, pidiéndole que influya en su padre para que éste prohíba las escuelas laicas.

Dicen en ella, entre otras cosas, que no podrá sostenerse en el trono, cuando lo ocupe, habiendo escuelas neutras y dicen bien: la historia nos ofrece muchos ejemplos que lo demuestran.

Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia cayeron del trono al abismo del no ser, por las malditas escuelas laicas, muy extendidas en sus respectivos tiempos. Y si me aprietan los frailucos con sus argumentaciones, añadiré que Dionisio de Siracusa, el «Tirano», también rodó desde el solio por causa de la enseñanza laica.

Verdad que esto ocurrió hace dos mil años, mucho antes de venir Jesucristo, y más aún de reinar San Pedro, y que el «Tirano» tuvo después que ganarse la vida dando lecciones, sin nombrar la religión pagana ni mucho menos la católica, como un simple maestro

laico, y no como un carmelita ó «carmelista» simple.

¡Qué en enanzas más provechosas las de la historia para demostrar el funesto influjo que siempre ejercieron las escuelas laicas en el destino de los reyes!

## Bibliografía

*Clericanalla*, por Luis Bonafoux.

El nombre del autor y el título del libro nos dan hecho todo el trabajo bibliográfico.

*Clericanalla* es una colección de artículos anticlericales, valientes, audaces, mordazmente irónicos, donde campean las altas dotes de escritor y polemista burlón y atrevido del cronista parisien del *Heraldo* y de *El Diluvio*.

La actualidad periodística de estos últimos años, en su relación con la lucha de las sociedades contemporáneas para manumitirse del yugo del fanatismo religioso, ha encontrado siempre en Bonafoux un comentarista excelso.

Porque Bonafoux no es de esos escritores que hacen equilibrios en el trampolín político-religioso y trazan líneas diferenciales entre el clericalismo y la religión y juzgan el colmo de lo habilitado *meterse* con los frailes y ensaizar á los curas.

Bonafoux, claro, franco, lógico, acomete lanza en ristre á las fortalezas enemigas y excava con su piqueta alrededor de la raíz del mal, convencido de que, aunque el ironco caiga bajo el hacha, no se conseguirá nada mientras las raíces, jugosas y lozanas, continúen bajo tierra.

*Clericanalla* es un gran libro, que deben apresurarse á comprar todos los que anhelan vivir en una España emancipada y culta.

*Europa y España*, por Ramón Sánchez Díaz.

Los lectores de este periódico conocen la prosa vibrante, enérgica, apasionada, brava y sentimental del joven y ya ilustre escritor santanderino.

Ramón Sánchez Díaz, que es un gran cerebro, una recia voluntad y un corazón que se consume y se enternece, ha reunido, bajo el título justificado de *Europa y España*, una colección de artículos, reflejos de las sensaciones experimentadas por él en sus viajes por España y la Europa Central.

Sánchez Díaz es viajante de comercio, y por razones de su profesión, ha podido conocer á fondo las tristezas de la vida española, tristezas manifestadas, muy singularmente, en los trenes-carreteras, en las estaciones-barracas, en los fonduechos pocilgas, y en los comercios dirigidos por rutinarios y cobardes.

Tras los primeros estudios, que deprimen y que indignan, ha coleccionado otros donde enumera cuanto ha visto en Alemania, Francia, Bélgica y Suiza, y del contraste entre las dos partes de la obra surge la deducción, inexorable y vergonzosa, de que sólo geográficamente pertenecemos al mundo civilizado de veras.

Sánchez Díaz ha hecho labor patriótica con su nuevo libro, que de seguro meditarán sus correligionarios en espagnolismo auténtico y sincero.



## Y va de cuento

Hubo un tiempo en que las escuelas orientales brillaban por su esplendor. Allí florecía la ciencia, allí estaba el foco de la sabiduría, de allí vino al occidente la civilización.

Un preceptor de Bagdad, llamado Assán, enseñó cuanto sabía (y era mucho) á varias generaciones.

A unos les enseñó los rudimentos de la filosofía y la ciencia de los astros, con lo que llegaron á ser visires y grandes sacerdotes... Y él continuó siendo maestro de escuela.

A otros les enseñó á leer, á escribir, á dominar la ciencia de los números, con lo que se enriquecieron en los bazares haciéndose mercaderes, traficantes, corredores... Y él continuó siendo maestro de escuela.

A muchos les enseñó el conocimiento de las plantas y sus aplicaciones, con lo que se hicieron nobles famosos... Y él entre tanto seguía siendo maestro de escuela.

Y recordaba con razón al sabio persa que solía decir: «To los se acuerdan del nombre de su primer perro y olvidan el nombre de su primer maestro.»

Los grandes sacerdotes, los altos dignatarios, los célebres, los sabios y los ricos, olvidaron con sus glorias el nombre del viejo Assán que les había enseñado los rudimentos de las letras y de la sabiduría.

Assán era ya viejo: sus gastadas fuerzas merecían descanso; no podía sin un trabajo inmenso llenar sus obligaciones. Los chiquillos, viéndolo tan débil, no le temían ni lo respetaban. Si el viejo los reprendía, le tiraban huesos de dátiles en verano, migas de pan en invierno. Si les amenazaba, los chiclelos se quejaban á sus familias de que el viejo gruñón los maltrataba.

Más de dos madres, furiosas con las quejas infundadas ó las exageraciones de sus hijos, injuriaron al maestro llamándole viejo inútil, viejo cruel, viejo gruñón y malvado, incapaz de enseñar á sus alumnos un versículo del Corán, mas no de tratarlos como si fueran perros. Cuando á fin de cada mes pedía sus honorarios, se los daban como una limosna. Los mercaderes lo insultaban cuando lo veían, llamándole burro viejo.

Aunque resignado al parecer, el viejo Assán estaba resentido de tantas humillaciones.

—¿Será posible, decía, que no se me agradezca el haberme sacrificado por mis semejantes?... Yo hubiera podido ser soldado, sacerdote ó mercader, y tendría sueldo, ó dádivas, ó una fortuna; he preferido ser útil á los demás... y se me recompensa con la miseria y con el desprecio público.

En esto sucedió que, un día de fiesta, salió el maestro á pasear por el campo. En los alrededores de Bagdad había por entonces mucha hierba... lo contrario de lo que sucede ahora en los alrededores de Madrid, donde ya se la han comido toda. En aquella hierba encontró Assán un borrico retozón atracándose de verde. Y el maestro se puso á contemplarlo con envidia, pensando para sí y murmurando entre dientes (pues sus dientes no tenían más ocupación que murmurar):

—Ese animal, no siendo más que un burro, es bastante más feliz que yo; ni él trabaja tanto como yo, ni yo soy más respetado que él... Es verdad que su amo lo apalea; pero bien pronto los chicos harán conmigo otro tanto... De todos modos, me lleva una ventaja: la de frotarse el lomo contra un árbol cuando se le antoja, sin que nadie lo critique... ¡Divino profeta!... Ya que los burros son más afortunados que los maestros de escuela... ¡cambia mi suerte por la de ese burro!

—¡Concedido!... le respondió una voz en el espacio.

Assán, convertido en burro, tuvo una suerte perra. Su amo lo hacía ir al mercado todas las mañanas cargado de hortalizas: llevaba muchos palos; no tenía momento de reposo, y, cuando lo tenía, los chiquillos lo martirizaban tirándole del rabo, montándose encima, dándole de latigazos ó tirándole de las orejas.

—¡Estaba escrito!—murmuraba Assán; maestro ó borrico, ¡siempre he de ser víctima de los rapaces!... Y estos chicos del campo son peores que los de la ciudad... ¡Oh profeta!... ¿Por qué has oído mis votos?

—¿Echas de menos tu antigua condición?—murmuró la voz de las aluras.

—Lo confieso humildemente—respondió Assán.

—¿Qué tenías antes que no tengas ahora?

—El sentimiento del deber.

—Quitate esa albarda... y vuelve á regir tu escuela.

Apenas el profeta dijo estas palabras, cuando el viejo maestro despertó al ruido de unos cristales rotos. Y vió que estaba en su escuela, donde uno de sus discípulos acababa de romperle sus lentes con un hueso de datil.

Mentalmente dió gracias al profeta por el sueño que le había enviado. Y continuó siendo maestro de escuela.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

## Clericales sin serreta

En la villa de Nules no pueden vivir las personas decentes. Curas, beatas y sus medio maridos...

Los llamo así, porque si el cuerpo de ellas puede pertenecerles por completo (se dan casos contrarios en casi todas las poblaciones de España), sus almas pertenecen á curas y frailes.

Sus medio maridos, digo, se dedican constantemente á recomendar *La Voz de Valencia*, proscribiendo *El Pueblo*, *El Mercantil*, y por de contado *El Motín*, y amenazando con prohibir la lectura de éste por las calles y hasta en las casas de los suscriptores, diciendo que está excomulgado, como si ésta no fuese la honra mayor que puede alcanzar un periódico.

Un padre Cubí, ó Cañí, ó Quiquiriquí, trae revuelto con sus majaderías al gremio beatucho femenino, puerco, hediondo y nauseabundo (como que no se lava), y á los bobinos que dicen ¡múl!... cada vez que abren la boca, ellos sabrán por qué.

Por lo tanto, recomiendo á los habi-

tantes de Nules que no hagan caso de semejante gentuza inmunda, y siga cada cual su camino sin preocuparse de que mujan ó rebuznen, pues ya saben que «rebuznos de clericales no llegan al cielo».

## UNA SEMANA SANTA EN EL SIGLO XVI

(Apuntes históricos)

Se habla mucho por los adoradores de tiempos que ya pasaron, de la grandeza y religiosidad de aquellas épocas en que gobernaron á España la católica majestad del emperador Carlos V y de su hijo el piadoso y austero D. Felipe II, censurando á la generación actual por lo que llaman su impiedad y descreimiento.

Procuremos averiguar la certeza que encierra semejante afirmación, presentando á la consideración de nuestros lectores algunos datos y noticias rigurosamente históricos.

Carta de Felipe II al cardenal Pacheco de Toledo, arzobispo de Burgos (Biblioteca Nacional, código R. 78):

«Muy reverendo en Cristo Padre cardenal arzobispo de Burgos, nuestro muy caro y amado amigo: Porque habemos sido informados que en los días de la Semana Santa, en que con mayor respeto, devoción y reverencia se habla de estar y asistir en las iglesias y templos á las misas, sacrificios, procesiones y otros Divinos Oficios que en ellas se dicen y celebran, y suelen hacer mayores excesos y pecados, en que Dios Nuestro Señor es muy gravemente ofendido, y como quiera que para proveer en ello de manera que se excusen y eviten los dichos pecados y excesos, se os escribe y encarga en otra nuestra carta de la data de ésta, que nos enviéis particular relación con vuestro parecer acerca de las cosas que en ella veréis, para que se pueda tomar la resolución que convenga, os encargamos mucho que para esta Semana Santa ordenéis y proveáis que en las iglesias no se consientan, en ninguna manera, que el Jueves y Viernes Santo haya comidas, meriendas ni colaciones, aunque sea en las sacristías y tribunas, y que tengáis mucha cuenta con ordenar y proveer que en la noche del Jueves Santo en las iglesias se ponga, en todas las partes de ella que convinieren, las luces que fueran menester, para que no estén oscuras y se excusen los dichos excesos é inconvenientes, y que asimismo diputéis y nombréis personas eclesiásticas y seglares, de buen celo y espíritu, que tengan cuenta que no haya excesos ni deshoñestidades en las dichas iglesias, y que también no se consienta estar en ellas mujeres rebozadas y cubiertas, y que si algunas quisieren estar y asistir acompañando á los monumentos donde esté encerrado el Santísimo Sacramento, estén con su rostro descubierto, y que asimismo ordenéis á los curas tengan cada uno mucha cuenta con visitar su iglesia aquella noche, porque no haya en ella ningún exceso ni desorden.

Y porque para el buen efecto de ello será necesario el auxilio de la justicia, comunicareis esta nuestra carta con los corregidores y justicias de esa ciudad y



de los otros pueblos de vuestra diócesis.

Por la presente damos comisión y facultad á los dichos corregidores y justicias para que provean y ordenen que en aquellos días y noches, en las puertas de las iglesias ni en las calles y partes donde ordinariamente se suelen y acostumbran vender golosinas y confituras y conservas y otras comidas regaladas, no se vendan ni consientan vender.

Madrid á 19 de Enero de 1575.—Yo el Rey.—Yo Juan de los Arcos, secretario de dicho cardenal arzobispo de Burgos.

Conozcamos los escándalos á que se refería en su carta el rey D. Felipe II, y que abarcan toda la Semana Santa, la época del mayor respeto para los fieles cristianos.

Domingo de Ramos.

A la puerta de los templos ofrecían los galanes á sus damas palmas sin bendecir, con lazos simbólicos, y no dejaba de haber reyertas y estocadas cuando eran más de uno, y de dos, los que se creían con derecho á hacer el regalo, ó bien, por causa del manto con que las señoras se encubrían, tomaban á una dama por otra.

Concluidos los Oficios, el caballero llevaba la palma, ya bendita, á casa de su adorada, y la colocaba en el balcón, ó en la reja de citas, atándola con cintas de seda encarnada, negra, verde y blanca, para facilitar al transeunte, según un distinguido escritor, el conocimiento del estado de su amor oculto, por el abecedario de las citas.

Un notable historiador asegura que en las tinieblas de la noche del Miércoles Santo, y mientras que las más recatadas damas hacían sonar grandes maracas adornadas con figuras de Venus y de Cupido, los galanes atronaban los templos con recios golpes, destrozando á estacazos altares, confesonarios y tarimas, y el populacho se emborrachaba en las aguardenterías y puestos de vinos establecidos á las puertas de las iglesias.

Los monumentos estaban encendidos toda la noche y los templos abiertos.

Era del mayor tono el visitar tarde las iglesias para acompañar, galantear y enamorar á las señoras que velaban los monumentos, cubiertas con los mantos, por lo que se las llamó *arrebozadas*.

De las tiendas de buñuelos, conservas, frutas y confituras, que se alzaban junto á los templos, llevaban los caballeros á las damas infinidad de obsequios, que ellas admitían gustosas y con confianza sonrientes.

Vargas, poeta de aquel siglo, dice:

Fuí á la iglesia con las niñas  
el día de Jueves Santo,  
é acallamos nuestro llanto  
empapándole en rosquillas.

En esta composición de la época hallamos:

Ayer en el monumento  
que ponen los mercenarios,  
cargada de escapularios  
vide á mi dueño é tormento.

Rezaba con fervor santo,  
é entre estación é estación  
endulzaba su oración  
comiendo bajo del manto.

Viendo su tal apetito  
é deseando obsequiarla,  
me salté para comprarla,  
dulces de San Antoñito.

E volviéndome á su lado  
cargado de confetura,  
hallé en ella mi ventura,  
después de qu'obo rezado.

Que luego que el cucurucho  
abrí para regalarla  
forcé la mano á besarla...  
é non me la quitó mucho.

Parece que los caballeros llevaban á las señoras los dulces y confeturas en varias porciones, y repetidas veces, porque á cada una solía acompañar un profundo beso.

En nuestra Biblioteca Nacional existen multitud de documentos que enumeran tales escándalos.

Y esto era por la tarde, que por la noche las meriendas ó colaciones en las sacristías y en las tribunas llegaban á convertirse en verdaderas orgías, muchas de las cuales terminaban con sangre.

El poeta de aquellos tiempos, Andrés Gómez Rivero, nos da hecha la pintura de tales cuadros en unos pocos versos:

El escándalo ha llegado  
en España á tal fomento,  
que en banquete descarado  
se convierte el monumento  
de Cristo Sacramentado.

Oigamos al Sr. Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid*:

«En un Jueves Santo hubo seis muertes violentas; violábanse los conventos, saqueábanse las iglesias y galanteábanse en público las monjas.»

El Viernes, los alcaldes de casa y corte, y las justicias todas, no podían descansar en busca de criminales, que muy pocas veces eran aprisionados, ya porque sabían burlar la persecución de los alguaciles, ya porque resultaban personas de tal calidad que ante ellas retrocedían las autoridades.

El Sábado Santo, al amanecer, algunos disciplinantes, por vanidad, se daban en público sangrientos azotes en las espaldas, entre las burlas de los desocupados y los silbidos de los borrachos.

Que en nada de lo transcrito puede existir la más pequeña exageración, pruébanlo las opiniones de eminentes religiosos que vamos á copiar:

«Son poquitos los que con devoción van en romería, y son infinitos los que se pierden en romería.—Obispo D. Antonio Guevara.

Las hablas deshonestas, meneos y señales lascivas ocupan todas las partes del templo.—P. Juan de Mariana.

Véase, pues, que en los tiempos que gobernó á España el más religioso de los monarcas, la Semana Santa era un continuado escándalo. Nada de recogimiento, nada de devoción y nada de oraciones. Citas, galanteos y amores. Convites, meriendas, colaciones, dulces, buñuelos, vino y aguardiente. Asaltos, robos y muertes. El templo convertido en taberna. Las tribunas convertidas en hosterías. El templo convertido en lugar de galanteos.

Todo espíritu medianamente imparcial habrá de reconocer que nuestra época, tan injustamente calumniada, resulta mucho más digna, severa y moral

que aquéllas tan ensalzadas por los enemigos del progreso, y que á la ligera dejamos reseñadas.

## Un tío cura

José, párroco de Solares (Santander), cuenta y recuenta todos los días las hostias que guarda en su domicilio.

En uno de los recuentos notó la falta de dos formas sin consagrar (harina y agua), y montó en cólera.

Y sospechando de un sobrino suyo, niño de pocos años, le coceó con toda la fuerza de sus patatas y le plantó en la calle.

Fuése el muchacho camino de Las Presas, donde viven sus padres, y cayó exánime en un sitio denominado *La Encina*. Allí le recogieron algunos viandantes, para infligirle el suplicio más atroz: restituirle á casa del cura, su tío y verdugo.

Piadosos eran, pues le acorrieron en su necesidad con algún alimento, viendo que no podía tenerse en pie, pero ignorantes de lo que es un cura desbocado.

Creuyendo hacer bien, á veces se causa un mal gravísimo.

Y poner á un chico en manos de un cura, y más siendo tío, es siempre criminal.

## Memorias de un jesuita Un rebelde

Llegó á Madrid Carlitos, hijo único de una condesa viuda de la alta aristocracia andaluza.

Era chico simpático y despierto, de ideas religiosas acendradas, pero lleno de ensueños juveniles, arranques democráticos y desplantes de independencia.

Venía recomendado á mí por su madre, antigua amiga mía, tan buena señora como fanática y entregada al jesuitismo.

La condesa me encargaba en todas las cartas que me escribía que, por Dios, fuera verdadero amigo de su hijo, el joven conde, que le guiara con interés en medio de los peligros de Madrid y apartara de él los males que, según pública voz y fama en provincias, se ciernen sobre la cabeza de todo el que frecuenta los escolares centros madrileños.

El muchacho simpatizó conmigo; era dócil, si no á mis consejos, porque no me permití dárselos, á mis insinuaciones; pero había un punto en el cual siempre se me presentaba por completo rebelde y levantisco, y era el de hacerse socio de la Congregación de San Luis Gonzaga.

«Mándemelo usted», me había dicho repetidas veces el P. Sanz.

Y yo había prometido mandárselo, pero el joven no iba.

«¿Pertenece ya á la Congregación de



los luisés?, me preguntaba á mí la condesa.

«Está para entrar de un momento á otro», contestaba yo invariablemente.

El conde, no obstante todo esto, no iba á ver al P. Sanz, y comenzaba ya á enfadarme seriamente.

El caso era que si yo le rogaba que oyese misa, la oía devotamente; si le pedía que me acompañase á las iglesias cuando yo predicaba, con el mayor gusto lo cumplía; si, al acercarse Semana Santa, le insinuaba la conveniencia de *cumplir con la Iglesia*, sin objeción alguna cumplía confesando y comulgando.

Era, además, modelo de estudiantes; sobre los libros se le pasaban las horas y los días; ni una vez hube de recibir quejas de sus maestros, á los que frecuentemente yo pedía noticias del alumno; en una palabra, no había en aquella vida más que un punto negro, según el jesuítico criterio: su aversión á los luisés, su tenaz oposición á confesarse con el P. Sanz.

Un día en que el conde y yo paseábamos por el Retiro, me atreví á decirle, deteniéndome un momento:

—Vamos á ver, ¿por qué no quiere usted visitar al P. Sanz, ni pertenecer á la Congregación?

Entonces el muchacho, como quien se hace una gran violencia, me respondió:

—Se lo voy á decir, pero pidiéndole impenetrable secreto.

—Vamos á ver.

—Pues bien; apenas llegado á Madrid fui á confesarme con el P. Sanz, cuya fama hasta mí había llegado.

Arrodíleme en la presencia del sacerdote, dije el *yo pecador*, é inmediatamente la cara del confesor se unió con la mía, de manera que su naciente barba me pinchaba de un modo muy molesto la mejilla.

Apartáme un tanto, y buscó otra vez aquella especie de cilindro de una caja de música erizada de púas mi cara pecadora.

Abrazáronme las manos del padre de manera estrechísima; en fin, que durante la confesión hube de resistir que el aliento del jesuita se mezclara con el mío; sus manos pasaron por mi cuello, su rostro con el mío se identificara, y de todas maneras parecíáramos más dos enamorados que se acarician que un confesor y un penitente que se confiesa y absuelve.

Lo confieso, padre, me causó aquello tal repugnancia, me reveló la verdad de tantas que antes creí calumnias, que salí de allí abominando del padre, de los luisés y de todo lo que á ellos hueía.

Calló el aristocrático estudiante y yo también. ¿Qué le iba yo á decir?

A los pocos días recibí carta de la condesa, en que otra vez me preguntaba si Carlos era luis.

Cogí la pluma y la contesté: «Carlos me tiene muy satisfecho: es un chico excelente, modelo de estudiantes; puede usted estar orgullosa de su hijo, aunque no es luis y... precisamente porque no lo es.»

GIL BLAS DE SANTILLANA

## ¡Afuera conventos!

La libertad nec sita puntales cuando se funda sobre terreno movedizo como

el de esta España, formada por jesuitas y frailes. El hermoso principio de la libertad de enseñanza sólo ha aprovechado á las Ordenes monásticas; ¿qué no sucedería en el momento que se reconociera amplia libertad para fundar conventos, por mucha que fuera la intervención del Estado?

No se precisan leyes nuevas; basta para expulsar á los jesuitas y frailes no concordados con exigir el cumplimiento de las vigentes. Y no se olvide que esta decisión del gobierno Canalejas resolvería las cuestiones de la mano muerta y de la libertad de enseñanza, tan preñadas de peligros, y se concluiría con el daño que los conventos producen á la industria y con el absurdo privilegio de no dar soldados á la Patria.

Queremos, pues, que desaparezcan todos los frailes, especialmente los *loyolas*, que valiéndose de la intriga han elevado á las personalidades que forman esa amalgama política que llamamos partido conservador.

Pidamos con energía y decisión la expulsión definitiva de los jesuitas y de las Ordenes religiosas, contrarias á la naturaleza, y que sólo producen daños y perjuicios.

¡Afuera conventos!

DOMINGO GARCÍA TALLÓN

Belalcázar Marzo 1910.

## Decálogo luisista

I. *Amarás á tu Dios sobre todas las cosas*; pero tu dios debe ser el dinero. ¿Cómo, sin él, cuando te hagan padre, vas á mandar á los hijos de tu mujer al extranjero ó á Deusto? ¿Cómo, sin él, podrás peinarte en *cocas* y usar cosméticos caros? Así, pues, todo lo que no produzca dinero, abandónalo: pasaron los tiempos de la ciencia por la ciencia y del arte por el arte; puedes hacer uso de ellos, pero es como medios de ganar dinero. En cuanto al Amor que no puede industrializarse, riete de él y decláralo cursi de solemnidad. Si los que piensan y sienten te llaman imbécil, díles que no te importa tener el cerebro huero con tal de que el bolsillo esté lleno. Con tal de tener dinero sigue la máxima célebre: «todos los medios son buenos.»

II. *No harás imagen de lo que está arriba ni de lo que está debajo, ni te postrarás ante ellas ni las adorarás*, más que siempre que quieras, cuando ello te haya de producir algo.

III. *No tomarás el nombre de tu Dios en vano*, más que cuando hayas de jurar un cargo vano ó inútil ó perjudicial para la patria, como diputado, senador ó ministro, pongo por caso.

IV. *Santificarás las fiestas*, haciendo lo que los demás días, es decir, no haciendo nada; por la noche aplazarás á las mujerzuelas y te reirás de la policía, porque eso es muy *chic*, viste mucho y hace el pie pequeño.

V. *Honrarás á tu padre y á tu madre*, cuando otra cosa no exija tu interés propio y el de los padres... que tú sabes: si ellos te aconsejan algo, aunque sea en contra de los verdaderos, hazlo: tú serás rico.

VI. *No matarás*; así, pues, si tu patria está en guerra contra otra nación, tú no vayas á ella: que vayan los infelices que

no tienen mil quinientas pesetas; tú las tienes y puedes cumplir este mandamiento y de paso evitar que te maten á ti.

VII. *No cometerás adulterio*, ni fornicarás, porque eso sería de hombres. No te metas jamás con las mujeres para nada. *¡Son muy pecaminosas, carape!*

VIII. *No hurtarás*, céntimos, ni reales, ni pesetas; billetes de á mil todos los que puedas; porque, de no hacerlo, ¿cómo cumplir lo que te he dicho en el primer mandamiento?

IX. *No levantarás falsos testimonios*, si no te conviene hacerlo; porque sería gastar saliva en balde.

X. *No codiciarás la mujer de tu prójimo ni sus bienes* (lo único que podrás hacer es quitárselos, pero codiciarlos no).

Estos diez mandamientos se condenan en dos:

1.º Hacer todo lo que produzca dinero, sea lo que sea.

2.º No hacer nada que no produzca dinero, exceptuando lo de la vaselina perfumada.

D. J. M.

## Un grano en la nariz

Todo sér humano nace con ese grano fatal que no le abandona ni aun después de su muerte. Toda dolencia, por cruel que sea, muere con el individuo, y, sin embargo, ese grano, que tan impertinente es, sobrevive siempre, porque se reproduce con una insistencia pasmosa.

Ya estoy viendo al lector incrédulo decirse, pero lleno de curiosidad, para sus adentros: «¿Qué diantre de grano es ese que en rarísimas personas se echa de ver en semejante sitio, siendo como es tan visible?»

Pues sí, lector; todos nacemos con ese atrevido grano, peor que la berruga, el lobanillo, la lupia, el tumor blanco, el divieso y el mortal carbunco; grano que, al revés de los otros, no sigue las fases de ellos, sino que desde luego se presenta negro y gangrenoso, con toda la malignidad reunida de todos los granos conocidos y por conocer; grano, en fin, que pica, escuece, duele y punza.

Ese tremendo grano... ¿es el CURA!

Desde el punto en que sale á luz el niño, ya tiene el cura al lado, que se apodera de él, agarrándosele como una lapa en la pila bautismal para remojarse el cráneo.

Apenas cuenta edad para deletrear, ya tiene el cura al lado para enseñarle, no la verdad, que es la Ciencia, sino para engolfarle en ese laberinto sin salida llamado religión; y por cada lección que le hace dar de leer ó escribir, le obliga á estudiar seis de catecismo, y por cada una de historia profana, diez de ídem sagrada, amén de las pláticas religiosas á que le hace asistir, embotando y embruteciendo sus sentidos, creados por la Naturaleza para más elevados fines.

Llega el día de la primera comunión del adolescente, y hete ahí á mi buen cura que, metido en su huronera, se encarga de abrir á la corrupción los ojos del neófito, produciendo en él un resultado contraproducente del que, con la mayor buena fe del mundo, se habían propuesto sus fanáticos y rutinarios padres ó encargados; puesto que, en vez



de elevarle la confesión al grado de contemplación y arrobamiento que los católicos quieren preceda á la recepción del *pan eucarístico* (sic), su imaginación se distrae y entretiene dulcemente encariñándose en el cínico y sensual descubrimiento que acaba de hacer en el *tribunal* de la penitencia. Y á vuelta de cuatro latinajos que enjareta el santo varón, y que, de seguro ni él mismo entiende, introduce entre labio y labio la *sagrada* hostia al que de antemano sabe que no debe mascarla.

A partir de aquel día, cada semana por lo regular, ó cada mes á lo menos, obliga al iniciado á que pierda un tiempo precioso en repetir la mogiganga, para fanatizarle y arrancarle, por medio de la confesión, sus propios secretos y los ajenos.

Supongamos—y no es mucho suponer—que aquel pequeñuelo alcanza una vida más ó menos larga, y que, durante ella, está dos ó tres veces enfermo de gravedad; pues en cada una de ellas, y cuando menos lo piensa, se encuentra con su *grano*, es decir, con el cura, cuya sola presencia le empeora, cuando no le echa al otro barrio; y que, en lugar de hablarle con dulzura y cariño, le pinta con horribles tintas el Purgatorio y el *Infierno*, sin contar la acostumbrada preguntita suelta de si ha otorgado testamento y si en él se ha acordado de la Iglesia, porque el dejar á ésta por heredera *in totum* ó en parte de sus bienes constituye una obra meritoria para Dios. Es decir, para ese ser hipotético que se supone predicó la pobreza y que dijo: «Mi reino no es de este mundo.» En cuanto al modo de insinuarse del reverendo para que le nombre heredero de confianza, nada diremos, como tampoco lo que trabaja para que, por lo menos, le deje alguna manda... para los pobres.

Mas demos de barato que, mediante la ciencia del doctor, y no por las oraciones del cura, nuestro casi finado le hace un quiebro á la muerte y se restablece; ya tenemos al cura en campaña para recibir las ofrendas, exvotos y promesas que el exenfermo lleva á la *santa casa* por su consejo.

Si el paciente ha pensado en casarse, le veréis andar á vueltas con su *grano* para conseguir que le haga desgraciado, porque, sin que yo pretenda reprobar esta clase de estado en las personas, no olvido nunca cierto estribillo que dice: «desgraciado del que no acierta!»

El cura, más listo que una ardilla, después de mil ambajes y de chupar buenos cuartos, como en todos los sacramentos que administra, deja unidos con lazos indisolubles á los contrayentes, sin olvidarse en el acto de la bendición de observar de soslayo á la novia, cuya hermosura le tiene soliviantado mientras dura la ceremonia.

Tienen fruto de bendición (porque á ésta se atribuye y no á la sabia naturaleza), y vuelve á parecer aquéllo, es decir, el *grano* para bautizar á la prole.

Si pertenece la víctima á alguna junta ó comisión de socorros, vuelve á parecer el *grano*, que por lo regular ocupa la presidencia; y en la calle, en paseo, de viaje, en cualquier tiempo ve el hombre á su *grano*, al cura, que es la verdadera sombra de Nino, porque se lo suele encontrar hasta en la sopa.

Si el matrimonio no se lleva bien, ya el cura se las arregla de manera que

los consortes den de comer á la curia eclesiástica.

Al fin llega un día en que nuestro héroe hace la última mueca, y después de pasar por las horcas caudinas que le presenta su eterno *grano* respecto á confesarle, á administrarle con su aterrador aparato, que anonada á él y á su familia, y de ayudarle á bien morir, se apodera de su cadáver, al que ya no abandona, por cuanto se constituye su sempiterno guardián suyo, toda vez que los cementerios, como se ve, nunca llegan á secularizarse.

Ya ves, pues, lector, cómo yo tenía razón al decirte que el tal *grano* es el peor de todos, porque resiste á todo ungüento, á todo emplasto y á todo instrumento quirúrgico; y que si bien hay un remedio heroico, infalible, para extirparle, éste, merced al fanatismo, á la ignorancia y al embrutecimiento, no hay quien piense en echar mano de él; de suerte que seguiremos así soportando, si no luciendo, nuestro *grano de naris*, para honra y provecho de los que ejercen el oficio y para ruina y oprobio de los pueblos.

Porque las gentes de Iglesia, con unos sentimientos más negros que su ropaje, hicieron voto de pobreza... *¡para poseerlo todo!*, y de humildad... *¡para dominarlo todo!*

R. M. LATORRE

## Opinión nula

Dr. D. Benito Serrano,  
El Cerro (Huelva).

Contesté en el número 10 á la consulta que usted me hacía acerca de la situación en que se encontraba respecto á sus hijos, que deseaban bautizarse.

He recibido cuatro cartas, tres de esa localidad y una de Sevilla, en la que lo juzgan á usted de una manera terrible, demostrándome con hechos (uno de ellos el de que antes había ya bautizado á una hija suya), que es falso cuanto me dice, y tratándole de farsante, vividor y de otras cosas que ciertamente no le honran.

No inserto las cartas, por ser largas y por no contribuir más á su descrédito; pero le ruego que tenga por no recibida mi respuesta, si intenta servirse de ella para escudarse contra las censuras de quienes lo conocen.

Se la dí á usted, por creer que me decía la verdad. ¿No es así? Pues no hay nada de lo dicho.

Y lo siento por usted.

## Caza mayor

Los vizcaínos liberales tiemblan pensando que, con la circular dirigida por el gobierno para obligar á las congregaciones religiosas á tributar por industria y mercachiflería, se les van á colar todos los frailes en aquella región exenta de contribuciones industriales.

Si es así, felicitémonos todos los españoles; el resto de la península quedará limpio de esa plaga terrible y asquerosa, y cuando la tengamos circunscrita

en Vizcaya, iremos todos á una contra ella para darle la última batida.

Pieza acorralada, pieza cobrada.

## Las razones de la Iglesia

Cortando aquí y allá retazos de las antiguas teogonías y cosidiéndolos unos á otros con hilo burdo, ha formado la Iglesia un conjunto abigarrado y multicolor, que es la desesperación de la lógica y la bafa del sentido común. Allí se encuentran conclusiones semejantes á ésta: «¿No es cierto que el Universo ha tenido un autor? Luego es evidente que se saca ánima por una peseta.» Y con estas y otras *razones* se ha embaucado á la Humanidad durante siglos.

Ha sucedido lo que era natural: que mientras las masas se embrutecían, los hombres de buen sentido protestaban. ¡Blasfemia! ¡sacrilegio! gritaba entonces la Santa Madre Iglesia. Y como es tan dulce y tan caritativa, cogía á los gritadores y los quemaba vivos.

A pesar de tan persuasivas razones, la Humanidad no quería acabar de convencerse y vinieron los tiempos en que naciones enteras rechazaban con horror el catolicismo. Entonces la santa religión de paz y amor divino emprendió magníficas guerras religiosas, que costaron al mundo *algunos millones* de víctimas. Y cuando no podía vencer por tan cristianos medios, enviaba piadoso, asesinos que la desembarazaban de los príncipes poco afectos á Roma.

Así Mauricio de Honeble, Enrique III y Enrique IV de Francia, y otros, pudieron apreciar la deliciosa argumentación católica.

Andando el tiempo, los mismos católicos, faltos ya del celestial entusiasmo de matar moros, herejes y judíos, haciéndose imposibles las santas hecatombes eclesiásticas. Desde entonces la Iglesia vocifera que vamos por camino de perdición, y grita y pateaba invocando la cólera divina, al ver que ya no le permiten asesinar en masa á los que no piensan como á ella le acomoda. Y, como es natural, la pobrecita llora por lo que queda, al considerar que en el transcurso de diez y ocho siglos solamente ha podido matar á DIEZ MILLONES Y POCO de criaturas.

Hoy, reducida á un papel desairado, rodeada de enemigos y de inferentes, no pudiendo valerse del hierro y del fuego, sus razones favoritas, echa los bofes maldiciendo la libertad, el progreso, la luz, sin comprender que sólo risa causan sus ridículos aspavientos, y desprecio su grosero lenguaje.

Llegará día en que se contará como vieja patraña que hubo entre los hombres una fe absurda que tenía por razones las guerras, los asesinatos, las quemaduras en masa, y cuando no las más horribles maldiciones; y á duras penas se podrá creer semejante cosa.

Los que tenemos la honra de merecer el odio, la rabia y los impotentes anatemas de ese poder, ya por fortuna agonizante, aunque aparente vida y robustez, debemos batallar sin descanso, en todos los casos y en todos los terrenos, hasta barrer de la sociedad eso que se llama Iglesia católica.

FRAY SINARIEMO



## 'SOLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

### III

#### La luna de miel

¿No es verdad, ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
más pura la luna brilla  
y se respira mejor?

(Don Juan Tenorio.)

Aprended, jóvenes mundanas, el ritual del amor: os lo enseñará el capuchino. La novia va á entregarse al novio, ebria de amor. Van á hacerla pasar una ceremonia masónica: harán la comedia de un entierro macabro, para despertar mayor ilusión.

El texto no necesita comentarios; es el relato de la boda de cualquiera pica-da de amores. Van á *unirse en éxtasis*, enagenada de gozo, y loca...

Pero ¡ay! las lunas de miel fraillunas, son como las otras... y aún peor que las otras... Veámoslo:

«Durante aquel tiempo mi Amado preparó las antorchas del himeneo, el velo | que había de poner sobre mi frente, y el tálamo | en que había de recibirme por suya, mediante mi solemne juramento de pertenecerle para siempre. Yo buscaba aromas y perfumes para él y quemaba en el incensario, | inciensos olorosos para perfumar la estancia y formar alrededor de su trono aromática nube que templara el resplandor de su gloria deslumbradora. Mi alma rebotaba de júbilo, á medida que se acercaba el día. |

Llegó, y con ella el instante venturoso en que había de vivir sólo para él. Me tendieron sobre un paño negro, como si en realidad fuera un cadáver; y mientras se celebraban aquellas misteriosas exequias, la campana tocaba á muerto y mis hermanas cantaban himnos de triunfo y cánticos de gloria. ¡Qué contraste tan sorprendente! De parte del mundo llegaban á mis oídos ecos de muerte, lamentos y gemidos de dolor; de la parte de él, | ecos de vida, aclamaciones y cánticos de alegría. ¡Era natural! Estaba muriendo | y naciendo. |

Me levanté como un muerto que resucita á nueva vida,—y me uní para siempre á mi amado con triple lazo indisoluble.

Todo era en torno mío contento y alegría; enagenada de gozo, no sabía si estaba despierta ó soñando, dormida ó desvelada en uno de esos éxtasis | en que el alma no sabe darse cuenta de sí misma. Lo que sí recuerdo es que entonces venían á mis labios estas palabras misteriosas de la esposa de los Cantares: «Mi amado para mí y yo para mi amado.»

¿Te acuerdas, Esposo mío, de aquel día que nos unimos para siempre con el indisoluble lazo del amor, con aquellas tres amorosas cadenas que lo hacían más fuerte que la misma muerte? ¡Con qué firmeza pronuncié aquellas palabras, de rodillas, las manos juntas, al pie del altar: *¡Todo el tiempo de mi vida! ¡hasta la muerte!*

¿Cómo fué posible que al caer aquel denso velo sobre mi rostro, cual si fuese la losa de un sepulcro, no muriese al punto de júbilo y de amor? Y, ¿cómo fué posible, | bien de mi alma, que después de tanta dicha fuera yo remisa en quererte ó me entibiara en tus amores? ¡Y lo fuí, confieso mi ingratitud! El frío de la tibieza secó algunas flores de mi jardín; y voy á confesar mis faltas para confusión mía y escarmiento de las que lo lean.»

Casto.—De las vírgenes.—Santo.—De mi corazón.—De mi deseada profesión.—De morir para el mundo.—Dios.—Para el mundo.—Para la Religión.—Renuncié al mundo, sus pompas y vanidades, pronuncié mis votos.—Divinos.—Jesús.

#### Hastío de casada

El matrimonio es muy bueno, pero es demasiado largo.

(Pierre de l'Estoile.)

Se pasó la luna de miel; la imaginación acabó los jugos de la invención; el organismo venía á la realidad; el tipo ideal se desvanecía; el marido va perdiendo el brillo que el amor le atribuía; comienzan á sentirse sus defectos. Soso ó empalagoso. Y entra el cansancio, y viene la idea:

«¡Estoy casada!... ¡Siempre suya!... ¿Suya y de nadie más?... ¿Y sin remedio?...» Y el corazón siéntese oprimido, y el nido del amor pasa á ser jaula cerrada y cárcel del cuerpo, y los lazos suavísimos del amor blando se metalizan hasta sentirse como cadenas.

Aquel «siempre» que contenía la dicha, ahora exprime la desgracia.

Este fenómeno pasa á todas las mujeres locas que se fabrican en su antojo un tipo ideal que creen perfecto é inmutable, y que creen inmutable su propio antojo.

..

A la monja le ocurre todo esto con su marido. Ya está cansada de mariposas, ya le molestan las flores, ya le empalagan los abrazos y besos místicos; el cuerpo dice: «¿Y nada más que Eso? ¿Y para Eso estoy yo aquí? ¿Y para secretarlos por el cerebro siento el calor, exuberancia, vitalidad y electricidad de mis miembros?...»

«Dicha prometida, ventura ensoñada, ¡mentira, mentira!... Huí del mundo trayéndomelo dentro... Me despojé cómicamente del cuerpo, que ahora resucita y se levanta contra la fantasía loca... Ya la celda se hace tenebrosa, ya las compañeras se vuelven tétricas como policías y cabos de vara, ya en mi imaginación aparece la realidad... un marido sin marido, un himeneo sin himeneo, un amor sin amor... ni soltera, ni casada, ni viuda: ¡monja!, renegada del amor, renegada de mi propio cuerpo... verdugo de mí misma...»

«De qué me sirve un esposo mudo que nada me dice si yo no lo invento; manco de brazos para estrecharme; falto de calor para enardecerme; ciego, que no flecha mis ojos; sordo, que no oye mis

palabras... ¡ilusión!... Todo ilusión mía, invención mía y engaño de fraile...!

«Ahora veo... Me han traído aquí al secuestro... Aquí, en esta cárcel vigilada por las bayonetas del Estado y tapiada por los anatemas de la Iglesia... Aquí... á disposición del fraile y de la abadesa... incomunicada eternamente... enterrada en vida, muerta para el mundo... Aquí, con el tormento á discreción de la priora para forzarme á lo bueno y á lo malo... Aquí, sin poder quejarme, sin medios de pasar á la humanidad mis denuncias... Aquí...»

Pero que nos lo cuente el fraile Valencina en su lenguaje místico-pardo, que va á persuadirla á ella, ser todo fruto de su maldad:

A tanto beneficio por tu parte, la justicia y la razón pedían que yo, | correspondiera, por la mía, con un amor eterno y un sacrificio constante. Pero ¿dónde está la constancia de la criatura?

El fervor de espíritu y el ardor de los | amores, no es lo que suele dañar á las almas | á veces los vientos de la disipación y el hielo de la tibieza son los que secan estas flores de las virtudes, inclinándolas al suelo, que les sirve á un mismo tiempo de lecho y de sepultura.

¡Qué insensiblemente, con qué lentitud, pero de qué modo tan certero se apodera del alma la tibieza! Hoy es una falta | que se comete con temor: mañana un poco de pereza y de indolencia | luego el abandono | después los descuidos; | tras de esto la disipación de espíritu que va alejando lentamente | del alma, ocultándose por fin y dejándola privada de su luz y su calor, como nos deja el sol cuando se oculta tras gigantes cordilleras ó entre las ondas del mar.

Así te ocultaste á mis ojos, y ésta quedó en oscuridad y perdió poco á poco su alegría, su quietud y la paz que disfrutaba mientras te fué fiel. Una tristeza lenta, pero profunda como el silencio del sepulcro, se apoderó de mi pecho, que arrojaba hondos suspiros al aire y enviaba á mis ojos raudales de amargas lágrimas: era que mi corazón sentía ya los estragos |.

Un día de retiro miré despacio el jardín de mi alma y ví con dolor que las ortigas se habían apoderado de él, sofocando por completo las flores que en otro tiempo perfumaron el ambiente. Extendí mi mano para arrancar aquella maleza, y... ¡cobarde de mí! Al sentir las punzadas de sus menudas espinas y el escozor que producían, desistí... y dejé que convirtieran en orial el jardín de mis amores.

Lágrimas ardientes acudieron á mis ojos: mi corazón estuvo á punto de estallar en explosión de sollozos y gemidos, y tuve que huir á la soledad, para que no conocieran la agitación de mi alma. Pero en vano busqué alivio en la soledad de mi celda, porque aquella noche me oprimían sus paredes, y tuve que salir al patio á respirar el aire puro y contemplar el cielo estrellado.

Allí, temiendo hablar | hablaba conmigo misma, diciendo: Yo no puedo vivir así, yo no puedo tirar de este modo por más tiempo. | Corazón mío, tú no vas á palpar ya más que por El. ¡Fuera tibieza, que voy á servir ya | con fi.



delidad! Y así me lo propuse... pero, ¡ay de mí! al otro día falté á mis propósitos y continué en mi vida tibia.

La tibieza es un gusano que poco á poco va royendo la raíz del árbol hasta dejarlo sin vida, si antes no le dan á él muerte. Es una pendiente resbaladiza en la que, si ponemos el pie y damos un paso, no se sabe dónde iremos á parar. Por esa pendiente rodó mi alma, y aun siguiera dando tumbos por ella, si tu mano generosa no me hubiera detenido á tiempo.

Yo, que cuando más esmero debía poner en servir á mi Esposo | con toda fidelidad, comencé á no hacer caso de cosas pequeñas, á despreciar los temores | á desoir las inspiraciones | á negarlo | los pequeños y diarios sacrificios que El me pedía, hasta que lo alejé de mí, y dejé abierta en mi alma la entrada á las aguas de la relajación, que penetraron en ella y casi la hicieron zozobrar. ¡Ay de mí! Este bajel se hubiera sumergido en el mar amargo de la culpa, si una mano experta y bondadosa no desaloja aquella aguas y cierra aquella abertura. ¡Con qué confusión lo escribo!

Joven incauta, necia y loca, corrí por los verdes prados de mis antojos é infidelidades hasta llegar á caer en oscuro y seco pozo; porque no tenía aguas, no me ahogué; que de tenerlas... ¡infeliz de mí!

Pero, si las aguas de la iniquidad no me ahogaron, estuve á punto de perecer por consunción en el pozo de la tibieza. ¿Cómo no bendecir la mano que me sacó de él? ¿Cómo no llorar el tiempo que en él estuve metida?

Desde el profundo abismo de mi pasada miseria, clamo á tí, para darte gracias por tus favores y dolerme de mis ingratitudes. ¿Cómo pude entibiarme en tu servicio? ¿Cómo vivir sin tí? A tí, que estás siempre á mi lado, cual amantísimo esposo, ¿cómo pude mirarte cual se mira á un amo ausente? ¡Perdón! ¡Perdona á la ingrata que no supo nunca corresponder á tus amores!

¡Oh Dios mío! -- Divinos. -- Religiosas. -- De silencio. -- En el servicio divino. -- De ligeras mortificaciones. -- En la oración. -- A Dios. -- ¡Oh Jesús del alma! -- De la tibieza. -- Con Dios. -- Alma mía tú no vas á pensar ya más que en Jesús. -- A Dios. -- ¡Oh Jesús mío! -- Y mi Dios. -- De mi conciencia. -- De la gracia. -- A Dios. -- ¡Oh Dios mío! -- Señor.

..

Lástima que el fraile no nos explique esas «aguas de iniquidad» y esos «tumbos por la pendiente». El pudor le impide contarle á una monjita joven; más allá lo veremos referido por una monja vieja de muchos cascabeles. Preparémonos ahora á ver la «mano salvadora» de la monjita.

## El cirineo del esposo celestial

El que está cerca de la cabra, la mamá.

(Refrán).

¡Pobre monja! Necesitaba el *hombre* de carne y hueso... El muñeco de simple cartón hueco había perdido sus encantos; necesitaba otro que dijera papá y mamá, que abriera y cerrara los ojos, que moviese los brazos y meneara la cabeza...

No te desesperes, codorniz en celos; aquellos *silbos* que antes oíste eran el reclamo para atraerte y enjaularte en el convento. Fuera de la jaula no habrías sabido paladear el exquisito sabor de los requiebros de fraile. El sistema celular que aísla al preso despierta en él el hambre de la conversación, y llega á aceptar como delicioso regalo la visita del capellán que antes detestaba.

El barbudo capuchino, al silbarte con el silbato del cielo y del corazón de Jesús, sabía lo que se hacía; sabía que se te despertaría el apetito feroz... ¡Ahí lo tienes!

El inventó tu esposo celestial impotente para los goces conyugales, y ahora va á hacerse recadero suyo, enviado suyo, vicario suyo, cirineo suyo y suplente suyo... ¿Hasta dónde? ¡Ah! Eso depende de las circunstancias; vosotros habéis de componeros. Pero el oficio de marido no está solamente en la cama; son muchas las casadas que duermen en lecho aparte. Son muchas las que tienen el marido ausente largas temporadas ó impedidos por la enfermedad; eso, que á veces es lo principal, otras veces es lo de menos. El oficio de marido es ser confidente íntimo, escuchar, hablar, contemplar y ser contemplado...

Consuélate, monjita desesperada; tus ojos verán unos ojos de hombre; tus oídos oirán una voz; tu corazón escuchará ternezas; tus labios podrán besar la carne ardiente... ¡Alegrate, pichoncita en celos, que ahí vas á ver tu pichoncito, apoderado del Otro; ovejita perdida en el desierto... míralo...

Y aquí entra Valencina haciendo hablar á la novicia en el lenguaje místico-pardo de su uso; la oveja es la monja desesperada; el zagal es el barbudo capuchino... Veamos el alborozo de la monja, algo mayor que el del día de boda, al entregarse á su esposo ideal:

¿Quién había de decirme que tú mandarías para sacarme de tal estado al zagal, cuyos cánticos de amor | eran las delicias de lejanos valles? Nunca el viento me había traído el eco de su voz á causa de la distancia; pero si había leído sus cantares | y tú me lo enviaste, y me hiciste oír su voz, y me lo diste por amigo (1).

Alma, que te ves como yo me ví: si deseas salir de tan triste estado, pide al Señor un guía fiel, que quien lo halla, halla un tesoro escondido; y cuando lo hubieres hallado, escúchalo. | Como á un ángel bajado del cielo. | Has de tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente tu bien y tu mal, sin fantasía ni disimulación; confía en él, con el respeto de una doncella para con su padre; respétale con la confianza de un hijo para con su madre. En fin, esta amistad ha de ser firme y dulce, | y espiritual |.

Tú me lo diste á mí, | mucho mejor de lo que yo supe rogártelo; al fin como dado por tí. La primera vez que oí su voz de fuego, parecíame, vida mía, que

(1) A este pasaje alude el retrato autógrafa de que hablé en el capítulo de la «Situación patológica del fraile».

te quejabas junto á la reja dulcemente de las ingratitudes mías; y á medida que sus palabras penetraban en mi oído, sentía yo allá en el fondo de mi pecho que la indiferencia y frialdad para contigo, se desvanecía y desaparecía de mi corazón, como desaparece la nieve de las montañas, cuando los rayos del sol caen perpendicularmente sobre ella. Entonces te prometí ser tuya, sólo tuya, toda tuya y siempre tuya. Tuyo los latidos de mi corazón, tuyos mis pensamientos, tuya mi vida, tuya mi alma, tuya mi voluntad, tuyo mi ser; y hasta hoy lo he cumplido.

Mas ¡ay! ¿Porqué no me diste á entender antes que querías todo eso de mí, bien de mi alma? Quería volar á tí y no sabía cómo, porque me faltaban alas y no tenía quien me llevase: necesitaba un ángel que me guiara, | á los brazos de mi Esposo.

Y vino ese ángel | por ti envidiado, y desde entonces he corrido hacia tí con la velocidad del rayo, desasida de todo, atropellándolo todo, sacrificándolo todo.

Y desde entonces, ¡ay! | desde entonces parece que mi alma ha sido levantada ó llevada á una región donde, | no existe nada, ni se desea nada, ni se teme nada, sino es perder te y desagradarte. Y mi voluntad y mi genio, como heridos por un rayo, han dejado de existir. Y mis potencias están en silencio, confusas, asombradas de ver que has obrado en mí misterios de amor.

¿Y mi corazón? Vivía sin ti como tórtola sin nido; y ahora... ya encontré el nido de mis amores; pero esto merece párrafo aparte.

Divino. -- Al Ángel de la Pureza y al Dios de la Eucaristía. Por guía y por hermano, por padre y -- Como enseña San Francisco de Sales, esto es. -- para guiarte á él. Santa, sagrada, divina. Que no dejará de serlo, si es Dios quien te lo envía. -- ¡Oh Jesús mío! -- Un padre que me llevara de la mano. -- O ese padre. -- ¡Jesús mío! -- Fuera de tí.

## Comentario

He aquí suplantado el esposo invisible, mudo, manco y sordo, por el fraile de fino oído, de ágiles manos, parlanchín y de buenas mantecas y mejores barbas. Ahí le tenéis, oyendo lo que el marido no puede oír, diciendo lo que él no puede decir y haciendo lo que no puede hacer: «llevando la mujer á su esposo» años y años, y durante la vida entera.

La monja se alegra; «ya encontró lo que le faltaba; ahora sí que será *fiel*, y no pensará en otros, ni deseará nada más su corazón, ni hallará hastiada la vida del convento.

«Contigo pan y cebolla.»

¡Siempre! ¡Hasta la muerte! ¡Siempre con el fraile, confiada, entregada como hija al padre, como doncella al ángel!

Pero sólo un ángel vino á la tierra: el de Lamartine: ¡y cayó!

Aquí tiene perfecta aplicación la frase: ¡Señor, tu cruz es suave! Ayudar á Cristo á llevar la cruz del matrimonio con sus esposas...

..

Pero, ¿quién diablo sería ese fraile cantor «de la Pureza y del Dios de la



Eucaristía" de que habla específicamente el barbudo provincial? Ahí me lo cuelguen si no es el propio provincial. Y he aquí cómo se ha corrido el ladino fraile, diciendo á las novicias de sus conventos:

«Cuando estéis así, cachifritas y desesperadas, venid á mí, que yo os consolaré, y os aliviaré, y os dejaré contentísimas y satisfechísimas de ser monjas. Ya oiréis mis cánticos, mi voz de fuego, y me sentiréis penetrar en el fondo de vuestro pecho» despertando ardores, y diréis con más gusto que antes: «¡Tuya, siempre tuya!... ¡Tuyos los latidos de mi corazón, tuyos mis pensamientos, tuya mi vida, tuya mi alma, tuyo mi sé!...» Y veréis cuán fácil os es cumplirlo.

En resumen: la historia nos explica cómo se valían los cardenales Borjas de los maridos titulares para hacerles editores responsables y esposos solemnes. También sabemos que los Sultanes entregan sus mujeres al eunuco, seguros de que no les hará la competencia. Así el fraile busca á su monja un Marido Solemne, titular y eunuco, del cual se hace Vicario en todo lo que le conviene, sin responder de lo que podría molestarle. Es el Angel Gabriel enviado á las vírgenes que han de ser madres sin intervención de varón.

S. PEY ORDEIX

(Continuará.)

## LA CASTIDAD

Encontrándome en Saint-Ló, hace unos diez años, conocí en casa de cierto amigo que reside en este pueblecito montañés, á un sacerdote instruido y elocuente con quien me gustaba platicar.

Insensiblemente me capté su confianza, y ambos departamos sobre áridas cuestiones en las que revelaba la penetrante sutileza de su ingenio á la vez que el divino candor de su alma. Era un sabio y era un santo. Gran casuista y gran teólogo, expresábase con tanto poder y encanto, que nada me era tan grato en aquella aldea como escucharle. Sin embargo, durante muchos días no osé mirarle. Por la talla, la forma y la apariencia era un monstruo. Figuráos un enano patizambo y torcido, agitado por una especie de baile de San Vito que le obligaba á saltar en la sotana como dentro de un saco. Los bucles de blondos cabellos que le caían sobre la frente revelando juventud, le hacían más horroroso todavía. Mas obligado á contemplarle cara á cara, llegó á interesarme poderosamente su fealdad. La contemplé y medité sobre ella. Al mismo tiempo que sus labios descubrían en una sonrisa seráfica los restos negros de tres dientes, y mientras que sus ojos, inquisidores del cielo, se animaban bajo los párpados ensangrentados, yo le admiraba, y, lejos de compadecerle, envidiaba á un ser tan maravillosamente preservado por la deformación perfecta de su cuerpo contra las turbaciones de la carne, contra las debilidades de los

sentidos, contra las tentaciones que la noche oculta en sus sombras. Le consideré feliz entre todos los hombres. Ahora bien; cierto día descendíamos de una colina discutiendo sobre la gracia, cuando de súbito se detuvo el sacerdote, y apoyando pesadamente su mano en mi brazo, dijo con acento tan vibrante que aún lo estoy oyendo:

—Yo lo afirmo, yo lo sé: la castidad es una virtud que no puede observarse sin el socorro especial de Dios.

Estas palabras me revelaron el abismo insondable de los pecados de la carne. ¿Qué justo no sentirá la tentación, si hasta el que, al parecer, sólo tenía cuerpo para sufrir, también sentía los aguijones del deseo?

ANATOLE FRANCE

## Algo de Historia

Existen sobre el origen de la Cuaresma tres opiniones distintas: los católicos creen que fué instituida por los apóstoles, los protestantes afirman que los católicos se engañan y que el ayuno de cuarenta días no fué obligatorio hasta el siglo III. Hay, por último, la opinión de los profanos que no son católicos ni protestantes, y que, por lo tanto, no se creen obligados á pensar como ellos. Según estos últimos, la Cuaresma tuvo su origen bajo el apostolado de Gregorio II ó de Zacarías su sucesor, es decir, á mediados del siglo VIII. Las bulas, los cánones y las encíclicas de este tiempo lanzan rayos contra los que faltan á la ley.

«Si comes aves cazadas con halcón ó cogidas con redes ó lazos, harás penitencia diez y seis días á pan y agua.»

El infierno estaba particularmente reservado á los aficionados á liebres en aquella época.

La liebre era considerada entonces como animal inmundo por la ortodoxia ultramontana; después se ha aristocratizado mucho esta caza, especialmente en el seno de la Iglesia. Hay quien cree con fundamento que sólo se le había declarado inmundo para reservarse su uso exclusivamente. Carlomagno, que solía tener sus fervores religiosos, castigaba con la muerte al que infringiese la observancia del ayuno sin motivo legítimo.

San Pablo es opuesto á la Cuaresma.

«Comed de todo lo que haya en el mercado, todo lo que os den, sin que la conciencia os inquiete.» ¡Cosa extraña! Para San Ignacio cometen un crimen los que la observan. «Si alguno ayunase en domingo ó sábado, es asesino de Cristo.» Jesús la condena: «Comed lo que podáis.» Rabelais, que debía ser inteligente en el asunto, como cura de Meudon, ha hablado también sobre la Cuaresma, y su opinión es la más graciosa. Según él, se instituyó más bien para hacer hijos que para ganar el cielo. «Lo que me lo hace pensar, dice, es que en el registro bautismal es mayor el número de los niños nacidos en Octubre y Noviembre que en los otros diez meses del año; y que aquéllos, por cálculo natural, todos habían sido concebidos y engendrados en Cuaresma.»

Sobre este punto subsiste en la Iglesia una gran cuestión, que ha preocupado mucho á los teólogos de todos los

siglos, y que aún no está completamente resuelta, á saber: si la Cuaresma representa los cuarenta días de ayuno de Jesucristo antes de su pasión, ó es el emblema de los cuarenta años que vagó el pueblo hebreo por el desierto. Estas dos teorías nos han valido montañas de volúmenes y de sermones. Otros, con no menos autoridad, han visto alternativamente en este tiempo de mortificación el símbolo de los cuarenta días del diluvio, la penitencia de los cuarenta días concedidos á Nínive antes de su destrucción, ó bien la imitación de los ayunos de Moisés y Elías. Para armonizar esta discordancia de opiniones, propongo que se admita que todos tienen razón. Es el medio de evitar nuevas disputas.

Pero la cuestión perdió mucho de su importancia desde que el doctor Tanner probó que un simple mortal puede pasar cuarenta días sin comer absolutamente, como Cristo antes de subir al Calvario.

## Palabra incumplida

Un vecino de Zafra tuvo una niña, que inscribió en el registro civil; y para evitar que á espaldas suyas la bautizaran, exigió palabra al párroco de que no lo haría sin permiso suyo, palabra que el de lo negro le dió.

Una beata alevosa, viuda de un millitar, catequizó á la madre para que la chapuzara á espaldas del marido; vieron al párroco, y, efectivamente, haciendo honor á su palabra, bautizóla.

Muere la niña; la mujer, atribulada, le cuenta al esposo lo ocurrido; éste, después de tener con ella un gran disgusto, dice que va á romper un alón al cuervo, por haberle engañado; el pajaraco se entera, y por miedo á que lo alicorte, deja hacer, y la niña es enterrada civilmente.

Permitame ese ciudadano de Zafra decirle que debe cambiar su nombre de Manuel, por el de Cándido.

¿A quién se le ocurre fiarse de la palabra de un ministro del Señor?

## La mujer y la monja

¿Y con qué derecho las sectas religiosas corrigen la obra de su Dios? Este ha dicho á la mujer que sea madre de familia, esposa cariñosa, guardadora fiel de la honra de su marido. ¿Con qué derecho la teocracia dice á la mujer que permanezca eternamente célibe, eternamente condenada á aborrecer lo que Dios le ha dicho que ame, lo que su conciencia le dice que adore?

¡Impíos! Profanáis la obra de vuestro Dios; blasfemáis sacrilegamente los que sacrificáis la mujer á las estúpidas pretensiones de una piedad convencional y absurda.

Pero la sociedad de los privilegiados, la que sólo obra por rutina y por complacer á la soberbia teocracia, cierra los ojos ante esas monstruosas iniquidades, calla, y ve con indiferencia cómo van cayendo en el negro abismo de la clausura monacal todas esas víctimas



inconscientes de inexplicables contradicciones.

Todos estamos cansados de oír ponderar los milagros de abnegación y de desprendimiento de esa especie de monjas que se llaman Hermanas de la Caridad. Hasta muchos hombres de criterio independiente, muchos que blasonan de librepensadores, alaban y ponderan los servicios que presta esa institución monacal.

¡Inocentes! La que se sacrifica al cuidado de los enfermos y de los heridos, la que lucha con la muerte en los campos de batalla y en las poblaciones epidemiadas, no es seguramente la monja; la que allí lucha heroicamente, es la mujer; la mujer, que no necesita hábitos ridículos, ni votos absurdos, para estar siempre dispuesta a sacrificarse por el bien de la humanidad.

Esos fenómenos de llamada caridad cristiana, esos actos de admirable abnegación, que taimadamente atribuye la teocracia a la influencia de sus doctrinas, son efecto natural y exclusivo de las condiciones orgánicas y físicas de la mujer, que en todas las épocas y en todos los países ha sido heroína cuando las circunstancias la han colocado en condiciones de serlo.

Precisamente se evidencia esa afirmación estudiando a la Hermana de la Caridad en su doble aspecto de *mujer* y de *monja*. En el primero, se la ve siempre compasiva y cariñosa con el que sufre; el inagotable tesoro de ternura femenil se derrocha a la cabecera del enfermo, al lado del que sufre, para enjugar sus lágrimas y hacer más llevaderos los dolores de la enfermedad y las angustias de la agonía.

Pero a esa mujer tan cariñosa y solícita en favor del enfermo; a esa mujer, a la cual no causan repugnancia las úlceras del leproso, ni los horrores de la podredumbre, decidle que el enfermo a quien tan solícitamente cuida es un malvado, un impío que no cree en Dios, que no confiesa, que no reza, que rechaza los escapularios y los amuletos religiosos.

Veréis qué pronto aparece la monja, dominando y anulando a la mujer. Desde aquel momento la mujer huye, la mujer es sustituida por la monja, intransigente, adusta, vengativa y cruel, que negará hasta el más ligero consuelo al que cree enemigo de su Dios.

H. A.

## Frailuco chasqueado

Pues señor... No creáis que este fiel relato, por la manera de comenzar, va a ser cuento; no, es cierto y reciente.

Pues señor, que los traga misas y suelta respuestas de un pueblo de la clerical provincia de Avila, que fué de los caballeros y hoy es feudo de los vivos del sayal y cabeza horra por fuera y dentro, se pusieron de acuerdo y llevaron para que rebuznara unas mías desde las alturas a un bergante, que apenas tomó el primer pienso en la pesebrera de antemano preparada, se dirigió al templo, y encaramándose al púlpito comenzó a erupcionar sobre la Mala Prensa, ensañándose muy especialmente con un periódico liberal que a la sazón se publicaba en la capital y del cual era suscriptor

el alcalde, que desde su sitial escuchó las majaderías del reverendísimo.

Apenas hubo terminado el espectáculo, el alcalde, ya en su casa, envió un recado al vecinglero para que, sin demora, se presentase ante su autoridad; y una vez que le tuvo ante sí haciendo zulemas y reverencias, casi sin responder al ceremonioso saludo, le espetó la siguiente interrogación:

—¿A usted, qué misión le ha traído a este pueblo?

—Pues muy sencilla—contestó, tragándose la parteca, el orador de timpanos;—varios piadosos caballeros me han traído para que desde la cátedra del Espíritu Santo haga el panegirico del santo, patrón de este católico pueblo.

—Nada tendría que oponer a eso—replicó la autoridad,—si usted se hubiese concretado a relatar la vida y milagros de nuestro amado titular; pero es el caso que usted, lejos de eso, no se ha ocupado más que de maldecir a los que tenemos el buen sentido de leer la prensa liberal, y eso no lo consiento. ¿Entiende?...

El berzotas, todo azorado, con una cara de compunción que daba grima, se deshizo en disculpas, y casi gimiendo prometió no volverlo a hacer, como los chicos traviesos.

El alcalde, que es un buen republicano y entusiasta propagador de la cultura, le despidió con frialdad y le dejó salir sin ponerle un arial, dándole lástima el ver a aquel ente que tan soberbio y arrogante se mostró en el púlpito, arrastrarse sumiso ante él, creyendo que iba a decretar la finiquitación de sus días.

Y es lo chusco del caso, que al ser llamado el cernícalo con cerquillo, dijo al que le comunicaba la noticia:

—Ya, ya me supongo lo que quedará el señor alcalde: será para encargarme la Semana Santa (una tontería que vale sus miles de reales al gandul que la oficia)...

No soñéis, ¡oh, berrendoruns!, para no meter la pata, que a veces suele salir el tiro por la culata.

## El perdón

De todas las manifestaciones del credo religioso, es el perdón la forma que mejor revela el distintivo de la piedad nativa. Y, sin embargo, yo creo que esa facultad, lejos de arraigar en la conciencia, debe ser patrimonio de los sentidos.

Tal virtud circunstancial, erigida en sistema del espíritu por la moral cristiana, produce frecuentemente los efectos del vicio.

Abominable considero borrar del corazón, ni tomando como escudo el nombre de Dios, las huellas del odio que imprime la mano vibrando el puñal, y arrancando, vamos al ejemplo, la vida de nuestra madre.

El perdón, por simple precepto, es dañoso. Colocadlo sobre la honra hecha pedazos, y no lograreis alzar altivos la frente. La imagen del agravio aparecerá siempre usurpando a la arrogancia sus dominios.

Bello es el perdón si la inteligencia lo

acompaña. Otorgarlo sin medida, sin raciocinio, expuesto a la sola condición de recompensa ultraterrena, es arrancar a la lira humana su cuerda más sonora, la que modula satisfacciones de la soberbia, patrimonio de los fuertes, y emite dulzuras del castigo aplicado a la ofensa, y canta aires de legítima venganza, que, válvula poderosa del sentimiento, constituye la primera manifestación de Dios ante la flaqueza del trozo de arcilla que animara.

Haced al hombre negación del castigo, de la soberbia y de la venganza, tres potencias íntimamente ligadas en el polo opuesto al perdón, y el proceso del mundo acaba en un abrazo de muerte.

Porque la condición de hombre no es de atavismo, es genésica; y el mal tomó naturaleza al adquirir el barro facultad de vida, siéndole por tanto necesario el equilibrio de la lucha de instintos.

Extrajéramos de las arterias la sangre, sustituyéndola con jugo rojo plético de linfa mejor a la del que en un raptó de *soberbia* aplicó el *castigo* de la *venganza*, arrojando a los mercaletes del templo, y desconocidas, más propio, no existiendo las pasiones, tampoco existirían la soberbia, el castigo y la venganza.

Perdonando, mil veces se da alientos al crimen, y a la culpa se la reviste con atributos de fuero.

Únicamente hay un perdón que ni *fa* ni *fa*: el que sale fi trándose por las regillas del confesonario.

J. J.

## LA CUARESMA

Un sacerdote pegado a un abdomen poderoso se encarama a la tribuna; hubo un momento de admiración al ver aquel fardo, mejor dicho, tonel; porque, acá para entre nosotros, doctor, yo sé que el Espíritu Santo no es el único espíritu que fermenta en su seno. Una barba de canónigo, sin pelo alguno, forma a su rostro un marco de tres lonjas de tucino. Los hombros de Atlas, apoyo del Firmamento, son débil base junto a su espalda; si se mueve rechina el púlpito, por cuya puerta no sé cómo entra.

Pero ¿crees que va a enseñarnos algo nuevo? Te apunto lo que quieras a que no adivinas lo que va a decir. ¡Oh sorpresa!

«Cristianos—dice,—vengo a predicaros la Cuaresma.»

Luego se santigua, y lee devotamente un extenso galimatías llamado *mandamiento*, obra maestra de abstinencia bien poco caritativa, hecha por monseñor después de una buena comida. Se necesita ser prelado ó dueño de una casa de comidas a r al la ración para servir un plato semejante.

En seguida, tomando pie de un texto evangélico, levanta la voz, perora, se embrolla, se explica; tan pronto habla en latín para convencerme, como me cita a San Bernardo, San Pablo ó San Agustín, y concluye con que una miserable sopa basta para perder eternamente la herencia celestial.

Aún no ha terminado: súbitamente empieza a tronar contra los salchicheros y carníceros; arenga a los pavos, apostrofa a las perdices y condena sin piedad a todos los vendedores de aves.



Hace más: proscribire los mercados y plazuelas, que llama cien veces manantiales de pecados. «Seguid—nos dice—costumbres más santas; un cristiano debe ayunar y comer legumbres solamente.»

Según este gran ingenio, el cielo, la eternidad depende de un guiso de carne ó de unos riñones saltados. «Voy más lejos—dice—según San Blas, puede uno condenarse por un huevo pasado por agua. Si, cristianos, por un huevo; y la razón es muy sencilla: ¿quién sabe si con aquel huevo nos tragamos desgraciadamente un pollo?»

Estos sacerdotes tienen verdaderamente un talento prodigioso: mi proveedor de huevos no diría mejores cosas. Sin embargo, esto es lo que oímos trémulos; estos son los viejos mendrugos que nos tragamos: habrá diferencias de forma; en el fondo es lo mismo; nada invento.

¡Cómo! caro doctor, ¿bajo la fe de un hipocritón me he de creer condenado por un pedazo de tocino? ¿Es que la divina majestad se ocupa buenamente en arreglar los platos de mi cocina? Dios, tan bueno y tan justo, ¿puede ofenderse de que un gusano de la tierra, un insecto perdido en un planeta humilde coma en Viernes Santo una ó dos chuletas? ¿No es rebajar á ese gran Dios imputarle esas leyes pucheriles?

¡Vaya! señores: asomáis la punta de la oreja; veo en vuestra Cuaresma un comercio infame, un diezmo de Iglesia, un impuesto fraudulento que sirve al sacerdote para tener buen puchero todo el año.

¿Estás cansado de abstinencia y vigilia? Pues busca al más íntegro de esos negros bromistas, lévale dinero, y verás, caro doctor, cómo puedes guisotear sin temor al infierno. Tal vez te diga, con ese aire jesuítico que tan bien sienta á esa hipócrita raza, que tu oro aliviará la miseria de la viuda y del indigente. ¡Retórica de sacerdote! ¡blasfemia execrable! La viuda y el indigente son ellos. El ayuno es sin duda generoso cuando al observarlo se alivia una desgracia: lejos de censurarlo entonces, lo exijo. Tomad mi ropa si ha de abrigar á un hermano. Pero ¿por qué, afectando virtud, he de cubrir con mi capa á ese sacerdote bien vestido y he de vivir con ensaladas un largo mes, cuando él se toma el caldo que yo doy para los enfermos?

¡Oh! si ese buen charlatán que nos impone leyes comiese, como el pueblo, coles y garbanzos; si ganase tan miserablemente su jornal; si durmiera en duro lecho y bebiese agua clara, ya se sentiría menos inclinado á predicar la abstinencia. Pero esa predicación es cómoda con el vientre lleno. De ese modo no tengo inconveniente en observar las cuatro tómporas y las vigiliias.

Entretanto, caro doctor, observo el Evangelio y como lo que está á mi alcance, á pesar del infierno, del diablo y del señor cura.

AUGUSTO ROUSSEL

## Caricia al Papado

«La Némesis de la Historia pedirá algún día terrible cuenta al Papado, y los millones de hombres á los cuales esta

religión degenerada ha robado su dicha, ayudarán en este siglo XX á darle el golpe de muerte en todo Estado verdaderamente civilizado. Se ha calculado recientemente que el número de hombres que han perdido la vida en las persecuciones suscitadas por los Papas contra los herejes, por la Inquisición, y en las guerras de religión, se eleva á más de diez millones.

Pero ¿qué es esto en comparación del número diez veces mayor de los desgraciados, víctimas morales de las instituciones religiosas y de la dominación de los clérigos, los innumerables millones de todos aquellos cuya vida mental ha sido extinguida, cuya conciencia ha sido torturada, y cuya vida de familia ha sido destruida por la Iglesia? Podemos aplicar aquí fielmente estas palabras de Goethe en su «Desposada de Corinto»: «Las víctimas caen;—no borregos, ni bueyes—sino innumerables víctimas humanas.»

ERNESTO HAECKEL

## Sin dinero no hay cielo (1)

La Iglesia sólo concede sus favores á los que le pagan.

El padre de Madame Souchard, una de las cuatro suicidas del *Faubourg Poissonniere*, debió de comprender, puesto que se encontraba sin dinero, que el cura de San Vicente Paul no haría los funerales de su hija.

¡Ah! Si como la familia esa de Madame Abeille, que se ha matado hace poco, hubiera poseído Souchard muchos inmuebles en París, el clero de la parroquia hubiera ofrecido entonces por la pobre chica todos los rezos de la Iglesia.

Por mil francos, el párroco hubiera declarado que Madame Souchard había muerto de un ataque de fiebre perniciosa.

Por dos mil, se hubiera celebrado por el reposo de su alma una imponente misa cantada.

Por diez mil, el arzobispo de París hubiera ido á la solemnidad y oficiado en persona.

Por veinticinco mil, el Papa hubiera enviado á la suada la bendición pontifical.

Porque en esta religión católica donde los ministros del Señor se conducen como los últimos judíos, la salvación de los fieles está sometida á las mismas tarifas que los coches de plaza. Antes de sentarse á la derecha de Dios Padre, es preciso pagar el precio del asiento, sobre todo si se le quiere de primera fila.

El padre de la joven Souchard pidiendo oraciones para su hija, no merece sino un encogimiento de hombros: un hombre que se presta á las artimañas de los negociantes vendedores de partes de Paraíso no merece piedad ninguna.

En cambio, el cura de San Vicente Paul, nos permitirá advertirle que él es un hipócrita.

En efecto, eso que se llama «la otra vida» no es sino un invento de las auto-

ridades eclesiásticas, para persuadir la pueblo explotado, vejado y oprimido de que debe prestarse á todas las privaciones, persecuciones é injusticias llevado de la loca esperanza de que todo será recompensado allá en lo alto. La teoría ya se sabe cuál es:

«Iréis tanto más seguramente al cielo cuanto más pobres hayáis sido en la tierra; mientras que el rico que os habrá rehusado hasta las migajas de su mesa, será precipitado en los antros infernales.»

Pero es al contrario; y si los desesperados á quienes lleva al suicidio el disgusto de una vida insostenible, sufren después de muertos la misma falta de dinero que sufrieron en vida; y si los millonarios que por contrariedades amorosas ó por misantropía se alojan una bala en la cabeza continúan después del suicidio siendo ricos, se dará indudablemente el caso de que los segundos vayan derechos á la gloria pasando sobre el cuerpo, ó sobre el alma, de los miserables que carecieron de la suma necesaria para tomar en la taquilla arzobispal la entrada de Paraíso. Y en este caso la resignación de los humildes será una verdadera estupidez.

Tras de la negativa de que se ha hecho culpable el cura de San Vicente de Paul, los miserables tienen, como nunca, razón para gritar: «Ya se vé como debemos á cualquier precio libertarnos de nuestra pobreza, puesto que la fortuna es tan necesaria para ser dichosos antes como después de la muerte.»

Pero los mercaderes no piensan que cualquiera puede hacerse este razonamiento. Saben bien que los seres á quienes venden sus imposturas son de tal clase que no hay que tener consideración con ellos; los idiotas.

Napoleón, en su correspondencia inédita, califica á los cardenales de *viejos imbéciles*.

No sostendré la verdad de esto; pero sí diré que los imbéciles están entre los clientes de esos grandes almacenes de la piedad pública, donde todas las semanas se efectúan ventas de sermones y de misas, de encíclicas y de cartas episcopales, sobre todo lo cual se hacen cotizaciones de alza y baja.

Los curas evidentemente son ineptos, pero es porque quienes los escuchan poseen justa la inteligencia necesaria para aceptar sin discutir cuando les dicen. Y si los curas niegan las plegarias de la Iglesia es porque hay tontos todavía que se preocupan de ir á demandárselas.

HENRI ROCHEFORT

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— POR —  
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 á los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

(1) Este artículo de Rochefort fué inspirado por habérselo dado el cura á celebrar honras fúnebres por el alma de una de las cuatro jóvenes que se suicidaron en el *Faubourg Poissonniere* de París.





## Murmuraciones de una sotana

¡Qué deteriorada estoy!

¡Cuento diez años de existencia!

La polilla me ha agujereado, las manchas de aceite, vino y lodo me han roado el color negro con que los hombres me engalanaron.

Nunca pude pensar, cuando me encontraba descansando en los escaparares de un comercio, que había de servir para ocultar el cuerpo de un cura de aldea.

Yo pertenecí a una familia de muchos metros; pero la cortante tijera me separó de mi querida tribu y pasé al servicio de un rechoncho y enamorado clérigo que me ha hecho sufrir una vida muy azarosa.

Beata, joven, hermosa y viuda apascentada, fué la que me dió forma, y en los ocho días que empleó en confeccionarme vi... lo que no es oportuno revelar.

Mi religioso amo hacía una visita diaria a la mujer que me martirizaba con su aguja. Apenas él aparecía, ella me urrojaba en el fondo de una redonda espuerta para verse libre del embarazo que yo le producía.

En más de una ocasión sentí no haber nacido blanca, porque en este caso hubiese tenido el desahogo de ruborizarme al escuchar los tiernos coloquios entablados por mi dueño y su costurera.

Yo he oído las galanteadoras frases dirigidas por mi señor cura a las jóvenes que se acercaban a su confesonario; he oído exigirle a un infeliz aldeano que rogaba el enterramiento del cadáver de su hijo, el pago de cuarenta misas para la salvación del difunto, si quería obtener el permiso que solicitaba.

Recuerdo sobre todo un día que fué el más funesto de mi vida.

El marido de una admiradora clerical sorprendió a mi dueño leyéndole *El Siglo Futuro* a su mujer, y sin duda no le hizo tilin semejante acto de confianza, porque sin proferir palabra ni aguardar a disculpas, la emprendió a garrotazo seco con el atrevido padre.

El palo del celoso marido me magulló cruelmente. ¿Qué culpa tienen las setanas de las liviandades de los curas?

Esto preguntaba yo mientras recibía los besos de la estaca; mas el apaleador no pensaba en mi indudable inocencia, y seguía sacudiendo con el entusiasmo propio de la situación.

El cura, huyendo de aquellas caricias tan alarmantes, saltó por una ventana que daba a un corral del alcaidesco dominiello, y ¡oh desgracia! caímos encima de la primera autoridad del pueblo, que estaba tranquilamente echándole puñados de trigo a unas cuantas gallinas.

El alcalde quedó atónito con el curaza que recibió, y antes que lograra desaturdirse pudimos escapar como unos héroes.

Después supe que la autoridad lastimada había procesado al cura por apa-

lamiento interido a la seria personalidad del alcalde.

Salí tan mal parada de aquella escaramuza, que determiné mi dueño relevarme del servicio. Con el producto de varios bautizos compré otra sotana y yo me quedé pendiente de una percha esperando descender a la categoría de remiendo.

Una noticia comunicada por mi compañera: la reciente paliza ha hecho al cura cambiar de ideas amoratorias. Ahora se dedica a las célibes.

Si sufre algún otro percance, quizás dirija sus miradas a los claustros.

Allí no se rompen las sotanas ni se acardenala la piel.

No puedo continuar...

Siento los pasos del cura... Abre la puerta.

Entra tambaleándose... ¿Si vendrá bebido?

Punto en boca.

¡Ay misera de mí! ¡ay infelice!

## El hijo del cura

Llegó a su tierra un gallego después de un año de ausencia

y se encontró con un hijo

de dos semanas apenas.

Juzga, lector, cuál sería

del maruso la extrañeza

cuando se vió de tal modo

hecho padre por sorpresa.

—Mujer, dijo, ¿cómo es eso?

Faltando yo de la tierra

¿un chico de dos semanas

me endosas? ¡Esa no cuela!

—Hombre, por Dios, no te asustes;

no hay pecado como piensas;

el cura te dirá como

con este niño te encuentras.

En esto llegó el *sotana*

y dijo con mucha flema:

—Bien venido; me parece

que he llegado en hora buena.

Interrogó el gallego

de quién aquel nene fuera,

pues no podía ser suyo

después de un año de ausencia.

—¡Temerario! no blasfemes,

y ten a raya la lengua;

no investigues los decretos

de la voluntad suprema.

No hagas juicios infundados,

que tu esposa es fiel y buena,

y es madre por obra y gracia

del Dios que en los cielos reina.

—Si es cierto que el chico viene

de tan alta procedencia

y el mismo Dios es su padre,

según usted me confiesa,

no puedo yo, pecador,

lograr honra tan excelsa,

y debe usted prepararle

en su casa cuna y mesa.

Y pues la madre también tocada de Dios se encuentra, usted, como hombre bendito, debe quedarse con ella. Así se explicó el gallego, y se marchó de su tierra no queriendo conformarse con ser padre por sorpresa.

LUIS FALCATO

## El Arca de Noé

Ese barrio en forma de nave, media, según la Biblia, TRESCIENTOS Codos DE LONGITUD, CINCUENTA DE ANCHURA Y TREINTA DE ALTO; que, aun sin descontar el espesor de su maderaje, resulta la capacidad próximamente de cincuenta mil metros cúbicos de aire. Con tan exíguo elemento debían funcionar las vías respiratorias de un sin fin de animales por espacio de cuarenta días.

Efectivamente; dos animalejos de cada raza, y tal vez de cada especie, comparecieron a refugiarse en aquel leño de salvación.

Nadie pregunte cómo los animales, cuya distancia les separara dos ó tres mil leguas, olfatearon aquel imperceptible auxilio, ni cómo verificaron tan penoso viaje con tanta rapidez, porque donde obra la misteriosa mano de Dios, obra el milagro, y ante el milagro... ¡chitón!

Tampoco hay que objetar los medios de que se valió Noé para arrancar los troncos que debía convertir en ajustadas piezas para su Arca.

En cuanto al alimento, nada importa que los animales carnívoros, sobre todo los más feroces, tuvieran muy cerquita a los herbívoros y a los más inofensivos, porque sin duda Dios, que todo lo tiene previsto, mandaría los rayos por millones, y con el espantoso y continuado ruido del trueno y a las incessantes sacudidas a que el Arca estaría sujeta, se les apagaría el hambre; y esto es tan natural, que sólo así se explica que ninguno de aquellos huéspedes pensara en comer, y cerrara las válvulas de su estómago por espacio de cuarenta días...

Hay que advertir que, pasado el diluvio, quedaron las aguas infinitad de tiempo sobre la tierra, y con seguridad que no quedaría fruto ni verde ni maduro. Sobre esto diremos que como se ahogaron todos los animales del mundo, MENOS LOS PECES, se explica perfectamente que, por ejemplo, el león, el caballo, etc., etc., fuesen durante la crisis en persecución de la ballena, ó del primer pescado que la ocasión les presentara, porque, como decía cierto poeta:

Cuando aprieta la gana,  
de nada sirve la moral cristiana.

Un niño a otro:

—José, ¿quién es tu padre?

—No tengo padre. Soy hijo del P. Juan.

—Pues entonces—replica el primero,

—si tú eres su hijo, él es tu padre.

—Así parece; pero como los Padres

no deben tener hijos, no quiere que le

llame padre.

—Y ¿cómo le llamas?

—Tío.





## Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACIÓN)

manifestó Cucala que si dentro de tres días no le entregaban en Onda 8.000 duros, los fusilaría, y que para hacerse lo comprender les había obligado a presenciar el martirio de los voluntarios en Bechí. Los 8.000 duros le fueron entregados.

De esta manera tan horrible como cobarde terminó Cucala su campaña de 1873.

Un historiador de la última guerra dice de aquel bandido que á menudo confesaba y comulgaba:

«Una atmósfera de sangre rodea á este cabecilla, lo mismo que á varios miembros de su familia; sangre que hace repulsivo su nombre y que la sociedad mire á los Cucalas como caines marcados por el dedo de Dios, negándoles patria, familia y hasta condición humana.»

Epílogo de los asesinatos de Bechí:

Cuando hablaron á D. Alfonso y doña Blanca del espantoso crimen de Cucala, ésta contestó:

—Aún ha hecho poco.

Se necesita haber frecuentado mucho los templos para adquirir ese grado de ferocidad.

EN VINARÓZ Y SEGORBE

Resenaré uno de los hechos más inauditos cometidos por los carlistas.

La brutalidad de las hordas había contagiado ya á sus jefes, y el llamado general Palacios, director de todas las fuerzas carlistas del Centro, dió un bando sentenciando á ser fusilado á *todo el que viajara sin salvoconducto firmado por él*. A consecuencia de esta orden monstruosa murió asesinado D. Sandalio Fortea, empleado de Correos.

El 26 de Mayo de 1874 se apoderaron los carlistas de la lancha conductora de la correspondencia de Peñíscola á Castellón, y de su conductor el ya citado D. Sandalio Fortea, hijo de Segorbe, conduciéndole entre bayonetas desde Oropesa hasta Alcalá, donde el comandante carlista de aquel punto le dijo que iba á ser fusilado. De aquí lo trasladaron á Vinaroz, donde estaba Cucala.

Era inútil esperar piedad ni justicia de este criminal, que inmediatamente dió el orden de fusilamiento.

La población de Vinaroz, asombrada por tal monstruosidad, se interesó vivamente por aquel desgraciado, cuyo único delito consistía en desempeñar honradamente su empleo, pero Cucala se negó á toda proposición de clemencia, y el Sr. Fortea fué fusilado el día 28 de Mayo en las afueras de la población.

Momentos antes de morir envió esta

carta sencilla y desgarradora á su jefe, el administrador de Correos de Castellón:

«Señor administrador: Sabe usted en la desgracia que me encuentro por cumplir con mi deber en el empleo. ¡Ojalá nunca lo hubiera aceptado, aunque me hubiera muerto de hambre! El amor á mi familia me ha perdido, pues no me vería en el caso que me encuentro; pero Dios nuestro Señor sabe los fines; cúmplase su voluntad.

No sé si habrá llegado una carta tranquilizando á mi familia; á usted le digo que vea á ver si puede hacer algo por esos desgraciados que se quedan sin poder comer ni poderlo ganar; mi despedida á todos mis compañeros de oficina. —Adiós.—Fortea.

Haga lo que pueda para colocar á mi niño en un colegio y en donde pueda instruirse y seguir una carrera.—Adiós...»

De esa manera infame se aplicaba la orden del titulado general Palacios contra hombres como Fortea, sin más armas ni más opinión que su modesto destino.

Un dato sobre la muerte del Sr. Fortea, facilitado por su hijo, actualmente empleado en telégrafos:

Cucala lo hizo desahogar antes del asesinato, y le dijo con acento imperativo:

—Negre; dígues ¡viva Carlos VIII!

Aquel padre que moría pensando en sus pobres hijos que quedaban sin pan, se mantuvo firme y altivo en el trance supremo, y como servía al gobierno republicano que imperaba entonces, contestó: ¡Viva la República!

Los carlistas dispararon.

Cucala lanzó terribles amenazas, y dijo que si algún día entraba en Castellón fusilaría á los hijos de Fortea, el mayor de los cuales tenía nueve años, pues había que acabar con el liberalismo matando la simiente.

¡Cuántos crímenes cometidos en una guerra que no tuvo ningún fin noble ni patriótico! ¡Cuántas violencias y cuanta sangre, por defender la aspiración de un imbécil á ceñirse una corona á costa del infortunio y la ruina de una nación!

Terrible resultó la dominación de los carlistas en las poblaciones donde llegaron á constituir autoridades.

Los titulados comandantes de armas eran unos bárbaros que trataban á los pueblos con el mayor despotismo y no tenían otra preocupación que sacar dinero á los esquilados vecinos y asesinar liberales.

En Segorbe la autoridad carlista cometió muchos atropellos y crímenes.

A principios de Mayo de 1874 el comandante de armas ordenó el asesinato del cabo de serenitos conocido por *Coto II*, sólo por ser liberal.

Murió en medio de la calle acribillado á bayonetazos. Después le ataron una cuerda al cuello y le arrastraron por la población, abandonando el cadáver en un muladar, cubierto de sangre y barro. Los que lo recogieron para enterrarlo contaron en él *cuarenta y seis bayonetazos*.

El infeliz dejaba una viuda con cinco hijos, el mayor de once años.

Pocos días después, el 11 de Mayo, ocurrió otro asesinato.

Por orden del mismo comandante de armas fué asesinado D. Honorio Aparicio, honrado liberal, muy conocido y apreciado en los pueblos del río Segorbe. Le mataron también en medio de la calle, y con su cadáver cometieron horribles profanaciones.

Al ocurrir estos crímenes, débil anuncio de otros que se preparaban, todos los liberales abandonaron sus casas, sus haciendas, hasta sus hijos, para verse libres de la ferocidad de los carlistas.

La entrada de las hordas carlistas en Catarroja se señaló por multitud de robos, y por el terrible saqueo que Cucala dió en la cabeza al jefe de estación, á pesar de ser carlista, para escarmiento, dijo, de los *ojalateros* que se estaban tranquilos en sus casas sin tomar las armas.

De Villareal, pueblo carlista de la provincia de Castellón, huyeron muchos vecinos al saber que se aproximaba Cucala.

Los defensores de la religión robaron y violaron, como de costumbre, y además asesinaron á tiros y bayonetazos á un infeliz voluntario liberal de Castellón.

## Dorregaray

CIRAUQUI

El 27 de Marzo de 1873 pasó Dorregaray una comunicación, fechada en Abarzuza, al jefe de los voluntarios de la República en Cirauqui, para que influyese con éstos á fin de que hicieran entrega del armamento y municiones que tenían, ofreciendo en este caso no molestar á ninguno, pero amenazando con terribles castigos en el contrario.

Don Joaquín Iriarte, que así se llamaba el jefe, contestóle aquel mismo día: «Que los voluntarios, como él, estaban dispuestos á no entregar sus armas y municiones á quienes trataban de robarles lo que más amaban, su libertad é

(Continuad.)



(FOLLETÓN 48.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR  
OFFENBACH

tigados sin escándalo que lesione, por ejemplo, la honra íntima de una dama ó familia respetable: casos, todos ellos, poco frecuentes, y por tanto la formación de esos tribunales no había de ocurrir sino muy de tarde en tarde. Contenidos en sus límites propios serían soportables; pero en realidad no hacen ninguna falta. ¿Para qué? Con una disposicioncilla como la que rige estas cosas en la gran república americana (Estados Unidos de América) habría bastante. «El oficial que se condujese», así dice esa disposición, «de una manera impropia del militar ó del caballero será sometido á un consejo de guerra.» ¿Puede haber cosa más sencilla? Así hemos visto nosotros una vez separado del servicio un oficial que había hablado calumniosamente, ó indebidamente mal, de la mujer de un compañero. Y si hemos de creer que en los militares concurren especiales condiciones de inteligencia y de carácter ¿no es de esperar ó exigir por esto mismo, que recurran á los procedimientos ordinarios de justicia, y ante el tribunal correspondiente expongan virilmente lo que sepan contra el compañero que juzguen incurso en cualquier falta de importancia ó trascendencia, sea ó no sea de «honor»? ¡El honor! He aquí una de las cosas de que más hablan y con que más ruido meten aquellos naturales. «Honor» todo el mundo tiene en aquella monarquía; del «honor» todo ciudadano español tiene idea; del sentimiento del «honor» nadie carece en aquel país. ¡Lástima que con el «deber» no pase otro tanto! Porque hay que tener en cuenta que cuando los ciudadanos de la monarquía española llevan á cabo algún hecho distinguido, no es al sentimiento del deber, sino á la idea del honor á lo que han ajustado su conducta. De aquí que esos hechos distinguidos, aun los más brillantes, resulten por de pronto estériles y muchas veces contraproducentes en fin de cuenta para el bien público. Porque los señores del reino, por conveniencia propia, han logrado que en aquella monarquía se dé preferencia al «honor» sobre el «deber», ó se confundan, aunque son cosas muy

distintas. Pues el deber es una virtud sólida, y, como tal, se prefiere poseerla, aunque no se la reconozcan á uno, á carecer de ella, aunque nos la reconozcan; y que el honor no lo es, concócese, entre otras cosas, en que se prefiere que se crea que lo tenemos, aunque no lo tengamos, á tenerlo y que no se crea ó sepa que lo tenemos. El honor tampoco es honra, bueno es advertirlo. La honra es sola, de una sola pieza y siempre la misma. El honor es múltiple y diverso, y también cambiante.

Y como hay honores que corren á cargo de los señores del reino, especialmente de los gobernantes, esto es, que son éstos los llamados á decir ó establecer si hay ó no hay el «honor» de que se trate, es utilísimo para ellos, y divertidísimo para el extranjero que no se tome interés por aquel país, el ejercicio de tal derecho ó privilegio. Así, por ejemplo: ¿está sitiada una fuerza, de mar ó tierra, en una posición de la que el enemigo no puede desalojarla fácilmente, pero conviene á los señores del reino que se precipite la derrota? Pues dicen entonces que con aquella inacción padece «el honor de las armas», el cual exige que la fuerza abandone sus posiciones y se deje degollar ó destruir por el enemigo. Y así se hace. ¿Pero al día siguiente otra fuerza numerosa y potente quiere salir á pelear, y á los señores del reino les conviene que se entregue sin disparar un tiro? Pues le mandan que así lo efectúe, haciéndole observar que el desobedecer sería empuñar atrocemente «el honor» (también llamado «brillo») «del uniforme». Y la fuerza se entrega.

Dos casos concretos: el de la escuadra de Cervera y el de las tropas que había en la Habana (1898) pueden representar muy bien lo que en términos generales hemos supuesto.

El honor de la nación es otro del cual los señores del reino hacen un comodín para sus fines. Así, la exquisita susceptibilidad nacional de que se sienten poseídos aquellos gobernantes cuando las ofensas (verdaderas ó supuestas) del exterior les tocan personalmente de cerca ó comprometen la estabilidad de su posición en el poder, tórnase en el más fresco «¡qué se me da á mí!», cuando, aunque cojan de medio á medio á la nación, no vayan directamente contra ellos ó no amenacen su propia y privilegiada situación. Por esto toman muy á mal las censuras y protestas con que la opinión europea suele obsequiarlos, y se hacen los

desentendidos con la americana que por medio de la prensa, y aun con actos ó actitudes oficiales, hace años que viene infiriendo continuos agravios á aquel pueblo.

También sirve en aquella monarquía el «honor nacional», una vez hecho por un gobierno algún desatino relacionado con el exterior, esto es, con países ó súbditos extranjeros, para que el gobierno siguiente lo mantenga, y aun si á mano viene, lo agrave. El Sr Maura por ejemplo, se lanzó á conquistar á Marruecos ó poco menos; y, después de haberse perdido mucha gente y mucho dinero en tan absurda empresa, hubo que hacer alto en cuanto se despojó á los rifeños de 500 kilómetros cuadrados de territorio, para guarnecer y conservar los cuales no hacen falta menos de 20.000 hombres! Parecía natural que en cuanto cayó el señor Maura se rectificaría tan enorme disparate. Pues nada de eso; conforme van otros gobiernos sucediendo al conservador, van diciendo que «el honor nacional exige, etc.», y los mismos que en la oposición condenaron con dureza y justicia la expedición invasora, aceptan y perpetúan sus dañosísimas consecuencias, sin embargo de tener fácil remedio, y sin que piensen tampoco, no ya en deshacer del todo, sino simplemente en atenuar lo hecho ó sus perjudiciales resultados.

No habrá que decir que nada de esto tiene que ver con el bien público, que es lo que principalmente debiera preocupar á los servidores de la nación, y tanto más cuanto más altos estén ó sean; pero en todo país en que la forma de gobierno se halle muy discutida ó diste mucho de encontrarse universalmente aceptada, es muy fácil confundir el interés nacional con el particular de la institución ó régimen vigente, y muy usado atender más á la seguridad de éste que á la satisfacción de aquél.

Y eso, combinado con el interés meramente personal, es lo que viene haciendo en la monarquía española una colección de hombres públicos, quizá la más miserable y egoísta, y de todos modos la más desacertada que ha habido en el mundo; hombres que durante una treintena de años vienen empeñados obstinadamente en dirigir los destinos del país sin que, descalabro tras descalabro, se les haya pasado nunca por la mente retirarse, ya que el pueblo no ha sabido retirarlos.